

De mi vida como psicólogo

Marc Richelle

Universidad de Lieja
Academie Royale de Belgique

Resumen

El psicólogo belga, prof. Marc Richelle, internacionalmente conocido por sus actividades e investigaciones, ofrece en estas páginas una notable síntesis autobiográfica de su carrera de psicólogo e investigador.

Durante muchos años ha sido catedrático de Psicología Experimental en la Universidad de Lieja (Bélgica), donde creó un laboratorio en torno al cual se formó un importante núcleo de investigación.

En estas páginas el autor reconoce las influencias ejercidas sobre él por sus maestros, entre los que sobresalen Jean Paulus (Lieja), André Rey y Jean Piaget (Ginebra) y B. F. Skinner (Harvard). Dentro de los temas de investigación que ha cultivado se encuentran la psicología transcultural y los procesos de aculturación, la psicología del tiempo, la psicofarmacología y, en años más recientes, el lenguaje, la cognición y la conciencia. Ha utilizado con frecuencia las técnicas del condicionamiento operante, y él ha sido precisamente uno de los principales introductores de esas técnicas en Europa.

También ha prestado un considerable esfuerzo al desarrollo de algunos programas orientados a fortalecer las relaciones internacionales entre estudiantes y profesores universitarios en Europa. El autor también recoge aquí impresiones y recuerdos relativos al desarrollo de la psicología española contemporánea, de la que ofrece una visión personal de primera mano.

Palabras clave: Marc Richelle, autobiografía.

Abstract

Well known Belgian psychologist Prof. Marc Richelle offers here an autobiographical presentation of his career both as a psychologist and as a researcher and university professor in the field.

He has occupied for many years the chair of experimental psychology at Liège University, in Belgium, where he also created a laboratory, around which an important group of researchers has grown.

In his autobiography he acknowledges his debts toward his most influential masters: Jean Paulus (Liège), André Rey and Jean Piaget (Geneva) and B. F. Skinner (Harvard). In his career, topics such as acculturation and cross-cultural psychology, psychology of time, psychopharmacology and, in recent years, language, cognition and consciousness have received significant attention. In many cases he stressed the opportunity of using the operant behavioral techniques, and has been one of the psychologists that introduced the operant analysis of behavior in Europe.

He has also dedicated considerable efforts to develop some international programs that enforced the cultural and academic exchanges of European students and researchers. Special attention is here paid to recent Spanish psychological developments, largely based on his first hand knowledge of them.

Keywords: Marc Richelle, autobiography.

Esto no es, hablando con propiedad, una autobiografía (¿qué vida, por sencilla que sea, podría caber en 25 páginas?). Es la narración sucinta de la trayectoria de un psicólogo, mediante la evocación de sus jalones más importantes a partir de su formación. Si semejante relato puede tener algún interés para el lector, será menos por los detalles de esa vida –que casi tienen sólo interés para el propio autor– que por los contextos en que ha acontecido y los encuentros que hayan tenido lugar.

Una carrera profesional no carece de conexiones con la infancia y la adolescencia que la preceden. De éstas trazaré algunos rasgos, que creo, mal que bien, son los más pertinentes en relación con lo que va a seguir.

La vida profesional no es más que una faceta de nuestra existencia, rica de otras muchas experiencias. Las emociones y los afectos colorean tanto aquélla como éstas, que desde luego se interpenetran. Tales sutilezas no las tendremos aquí en cuenta, por importante que puedan ser: el espacio del que disponemos no sería bastante para ello, y éste no es el tema que nos proponemos presentar aquí. Además, la apreciación subjetiva de mi trayectoria profesional está dominada por una impresión, casi diría que por una convicción: la de que las cosas me han sobrevenido, sin buscarlas ni quererlas, sin haber yo tenido gran mérito en todo ello; lo que he tenido es mucha suerte, tal vez por eso mis inclinaciones teóricas me han orientado hacia las concepciones seleccionistas.

EL PERÍODO PREPSICOLÓGICO, A VISTA DE PÁJARO

Vine al mundo el 28 de febrero de 1930 en Verviers, una ciudad de tamaño medio entre Lieja y la frontera alemana, centro de industria textil. El trabajo de la lana, desde su lavado hasta su tejido, le proporcionó una prosperidad que se prolongó hasta la crisis de 1929, y que volvió a reaparecer dos o tres veces, aunque por poco tiempo, en los cuarenta años siguientes. Mi padre y sus dos hermanos poseían allí una pequeña empresa de tejidos que se vio fuertemente afectada por la crisis, y luego por la decadencia de una rama industrial que se deslocalizó hacia la parte flamenca de Bélgica, y después hacia tierras más exóticas. Esto quiere decir que la familia no conoció en absoluto la opulencia después de que nació yo. Pero no por ello la vida familiar fue, en lo esencial, menos cálida y feliz.

Siendo el menor de cinco niños, disfruté sin exceso de los privilegios ligados a mi rango en la familia. Mi madre, mujer de su casa, llevaba todo el trabajo del hogar sin ninguna ayuda, compartiendo las preocupaciones cotidianas de mi padre acerca de los encargos, siempre deseados.

Nuestra existencia infantil se centraba en la familia, pero ésta se insertaba en una comunidad religiosa. Pertenecíamos a la muy pequeña minoría protestante que estaba situada dentro de una región ampliamente dominada por el catolicismo. Nuestra vida social giraba en torno a la parroquia; ésta no sólo organizaba cultos y otros actos religiosos, sino también diversiones, movimientos juveniles, etc. Mis padres eran muy religiosos, sobre todo mi padre, quien, como ocurre con algunos laicos en la tradición calvinista, presidía los cultos en las ausencias ocasionales del pastor. Era una educación seria, un poco austera, pero nada triste. Es difícil medir sus efectos a largo plazo, positivos o negativos. La lectura asidua de la Biblia, libro que había yo leído de cabo a rabo ya a los 18 años, aparte de los largos fragmentos leídos y releídos en las ceremonias del culto, los momentos de meditación en familia, la instrucción religiosa, ha constituido seguramente una ganancia considerable en formación tanto literaria como de análisis crítico de textos.

Mi paso por la escuela no tuvo problemas. Empecé en primer año de primaria, sin pasar antes por la escuela maternal, que según la opinión de mis padres estaba reservada para los niños que no tenían el privilegio de tener a su madre en casa. Obtuve el segundo puesto en los exámenes del primer trimestre del primer año. Mis padres me felicitaron, y sin saber por qué le dije a mi madre que la próxima vez sería el primero (ella me contó esto mucho después). Así fue, con algunos pequeños baches, durante el resto de mi escolaridad, sin que me agobiara por mantener una promesa de la que no tenía un recuerdo inmediato. He conservado un recuerdo muy vivo de mis seis maestros, tan distintos como notables, y de la mayor parte de los profesores del Ateneo (término que en Bélgica se empleaba para designar la escuela secundaria de

muchachos; mientras que el de Liceo se reservaba para la femenina); algunos de éstos, en especial los profesores de literatura, dejaron en mí una honda huella.

A la educación escolar se juntó la participación muy activa en un movimiento juvenil –los «exploradores» protestantes– que ocupaba lo esencial de mi tiempo libre, comprendidas también las vacaciones. Por razones económicas, la familia no salía de veraneo ni al mar ni al campo. Mi padre no tenía la menor afición a esos abandonos periódicos de domicilio, y tampoco tenía libertad para ello. He conocido de niño la revolución feliz que representó, tanto para los patronos de pequeñas empresas siempre abiertas, como para los obreros, la llegada de las vacaciones pagadas, ¡una semana al año! De todos modos, durante cuatro años y medio, se cerró nuestro horizonte; la guerra confinó a todo el mundo no sólo dentro de las fronteras, sino incluso en los límites de aquel territorio al que cabía llegar a pie o mediante los trenes locales.

Tenía diez años cuando, un buen día de mayo, vimos desde la galería de la casa de mi abuela, que estaba agonizando, una patrulla de soldados alemanes que trataban de penetrar en un garaje vecino. La generación de nuestros padres nos había trazado un retrato tan temible de las hordas alemanas de la Primera Guerra Mundial que, pasado el primer susto, nos quedamos asombrados de la apariencia normal y de la urbanidad de esos jóvenes invasores tan correctamente dispuestos. Sentimos que se nos quitaba un peso de encima por no haber seguido en la víspera a aquellos que se habían lanzado a los caminos en un éxodo ridículo. La vida estuvo desorganizada durante algunas semanas, incluidas las escuelas, pero con la presencia del sol este comienzo de la guerra tuvo para los niños un aire de vacaciones. La ilusión no duró, pero, dejando a un lado algunas bombas perdidas, nuestra ciudad se libró de los desastres que golpearon a otros lugares. Quedaban, no obstante, la angustia difusa, la espera interminable, la incertidumbre acerca del porvenir que han conocido todos los habitantes de un país ocupado. Y la irrupción, a veces, en medio de la cotidianeidad, de una amenaza fatal que se tornaba en tragicomedia, como aquella mañana de invierno en que un oficial alemán, acompañado de su asistente, tocó el timbre de la puerta y manifestó cortésmente su deseo de echar una mirada a la casa de al lado pasando por nuestro jardín; estábamos a punto de desayunar y nos quedamos aterrados sólo con la idea de que, al olor de nuestra tortilla de jamón, nos terminara por llevar a la Kommandantur para explicar el origen de tales alimentos. Pero comprendimos enseguida que su interés se limitaba a la casa de los vecinos, que habían abandonado al enterarse de que su hijo de veinte años había sido detenido en su intento de alcanzar Inglaterra; no se le vio nunca más.

El fin de la guerra abrió una época nueva en la que todo se iba abriendo a un adolescente de quince años. De los tres últimos años de estudios secundarios me ha quedado el recuerdo de un sentimiento de permanente maravilla. A la vez que comprendía la magnitud de los horrores de la guerra, descubría el resto del mundo. Éste

nos llegaba bajo la forma de exposiciones importantes de grandes museos extranjeros, traídas al Palacio de Bellas Artes de Bruselas (en sí mismo otro descubrimiento), y, aun más inolvidables, las giras de los más grandes actores parisinos que pasaban por nuestra pequeña ciudad —Jean-Louis Barrault y Madeleine Renaud, interpretando a Mari-vaux, y trayendo a escena la pantomima de Pierrot de *Enfants du Paradis*; Pierre Dux en un recital de La Fontaine; Louis Jouvet en *Knock* y en *L'École des femmes*. También íbamos nosotros hacia el mundo exterior. Fue, como para muchos de mis contemporáneos, el comienzo de nuestros viajes a ciudades y países cercanos: Holanda, París, Suiza; luego, a los 18 años, al norte de África. Acababa de terminar mis estudios de secundaria y tenía ante mí las vacaciones más largas de mi vida, pues los estudios en la universidad no empezaban sino a comienzos de octubre. Un primo amigo, dos años mayor que yo, me propuso que lo acompañara a Argelia, donde vivía uno de sus tíos. Había pedido permiso a su padre, como se hacía entonces, y éste se lo había dado a condición de que fuera con él un compañero. Por eso se dirigió a mí, que pedí entonces a mi padre el permiso, y la ayuda financiera razonable e indispensable. Mi padre, que no había ido más allá de Bruselas, y que murió a los 93 años sin haber ido a París, se quedó reflexionando un momento y me dijo: «¡De acuerdo! Vas a empezar la universidad y tendrás que trabajar en serio: no tendrás ya tiempo de viajar». No fue desde luego mi último viaje... Fue mi primer contacto con otra cultura y con una situación colonial. Pude ver las caras y contrastes de un universo que formarían en mi espíritu un prisma, a través del cual, unos años después, iba a percibir el drama argelino.

Descubrí el mundo mediterráneo, su mar y su cielo durante la travesía en cubierta desde Marsella a Túnez, la hospitalidad inesperada de un hogar árabe, la belleza de los paisajes norteafricanos, desde la Kabilia a Biskra, de Constantine a Argel, la magia de las medinas y el encanto de los barrios franceses, los problemas de relación entre ambos pueblos, uno junto al otro, y los que tenía cada uno. Residimos en Sétif, donde vivía nuestro huésped: la sublevación de 1945, reprimida con dureza, había dejado allí huellas en ambos lados. El tío, un electricista, nos llevó un día a una granja agrícola; mientras reparaba una instalación, tomamos una copita de anís con el hermano del agricultor: bebió a nuestra salud llevándose el vaso a la boca cogido por dos muñones de su mano; había estado empleado en una ventanilla de correos de Setif en el momento de la revuelta.

LA UNIVERSIDAD I

A la vuelta del viaje, me matriculé en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Lieja, la más próxima, en la especialidad de Filología Románica. Había estado dudando, atraído en principio por la medicina, pero, equivocado o no, no

me creí entonces dotado de una salud tan sólida como la que era preciso tener para hacer frente a las exigencias de la formación médica. Así que me dejé guiar por mi gusto hacia la literatura. La etiqueta de «filología románica» incluía esencialmente el estudio de la lengua y literatura francesas; las otras lenguas romances, limitadas al italiano y al español, sólo eran objeto de enseñanzas opcionales. Mucho tiempo después experimenté cierto malestar al encontrarme con colegas romanistas alemanes que dominaban prácticamente todas las lenguas romances. Es verdad que muchos de los estudios fundamentales de este campo se han producido en las universidades alemanas. Los dos primeros años estaban en su mayor parte dedicados a una formación general, común a todas las especialidades de la Facultad y también a los estudiantes de Derecho. Esta tradición ya se ha perdido casi por completo, so pretexto de la especialización creciente de los saberes. Los jóvenes universitarios de hoy día han sufrido las consecuencias, especialmente una clausura dentro de su disciplina que les vuelve poco capaces de llevar a cabo tareas interdisciplinarias, a las que sin embargo les animan los discursos que están hoy de moda. Otro contraste es el que se ha dado entre los reducidos números de estudiantes de las diferentes especialidades de entonces, con la universidad masificada que se ha desarrollado a partir de los años sesenta. En los dos años de licenciatura, la mayor parte de las clases se daban en seminarios a los que asistían una o dos decenas de estudiantes, según las especialidades. Los profesores, que luego iban a ser tenidos por «mandarines», resultaban frecuentemente más cercanos a sus estudiantes de lo que lo son hoy; la mayor parte no tenía un despacho propio en los edificios universitarios, trabajaban en su casa, y si uno quería discutir con ellos acerca de algún trabajo personal, le invitaban a uno a visitarlos.

Tuve el privilegio de tener en Lieja, junto a algunas personalidades sin relieve, como las hay en todas partes, un cierto número de maestros excepcionales. Enumerarlos con detalle aquí me llevaría demasiado lejos. Gracias a ellos me abrí a la historia y a la crítica histórica, a la literatura comparada, al análisis textual, a la lingüística. Haré, con todo, una excepción con quien en primer curso nos ofreció un curso de Introducción a la Psicología, que fue para mí una revelación, e incluso el origen de mi futura reorientación. Jean Paulus, filósofo, experto entre otras cosas en filosofía medieval, y apasionado por la lingüística (era diplomado en lenguas orientales), se había orientado hacia la psicología y había seguido en París los cursos de Janet en el Collège de France. Tenía unos conocimientos impresionantes, y completamente al día, acerca de la psicología científica, desde la psicofisiología hasta la psicología social, y la presentaba a sus estudiantes de un modo cautivador, en que las penetrantes síntesis teóricas ponían en perspectiva los datos empíricos rigurosos. Entre los cursos optativos que cabía elegir en los años de licenciatura elegí sus seminarios de psicología, uno de los cuales me permitió descubrir la antropología cultural. Ya estaba yo entonces decidido a bifurcar mi trayectoria hacia la psicología, una vez licenciado. Y eso que en filología

románica todo presentaba los mejores augurios, pues había aprobado la licenciatura con éxito y había visto publicarse uno de mis trabajos de análisis de textos, por iniciativa de uno de mis maestros más prestigiosos (Richelle, 1952, 1971). Mi *Mémoire* de final de licenciatura, sobre «El humor en la obra de Marcel Proust» me tuvo por dos veces metido en el laberinto de *La Recherche* proustiana. Me ha ocurrido luego en alguna ocasión llegar a sentir el no haber proseguido por ese camino, donde me habría podido consagrar tranquilamente a la lectura de novelas y de poesía.

Los estudios eran realmente absorbentes, pero dejaban tiempo para muchas otras actividades, y no me impidieron de ningún modo los viajes. Unos encuentros internacionales de estudiantes protestantes –todavía era yo entonces una persona religiosamente practicante– me llevaron a Suecia y a Alemania, que visité en 1949, yendo a la casa de un amigo friburgués con quien mantenía correspondencia desde hacía tres años, y luego, en 1951, a Nuremberg, entonces casi enteramente en ruinas.

LA UNIVERSIDAD II

Mi decisión de embarcarme en los estudios de psicología no se modificó. Quedaba elegir el lugar a donde ir. Lieja no ofrecía entonces sino una especialidad de dos años, sobre orientación profesional, a decir verdad bastante mediocre. La única universidad belga que ofrecía un programa completo de licenciatura en psicología era la Universidad Católica de Lovaina. A pesar de mi interés por los movimientos ecuménicos, no me imaginaba a mí mismo inscribiéndome allí, y mis padres tampoco lo habrían aplaudido. Quedaban entonces París o Ginebra. Dos factores determinaron probablemente mi elección. La Universidad de París era todavía una, en 1952, pues aún no se había dividido; creo que contaba con más de cien mil estudiantes, y yo siempre he tenido horror a las muchedumbres. Ginebra, con un tamaño más humano, tenía además la ventaja de ser un lugar de referencia, una especie de La Meca para los protestantes belgas. ¿No me había bautizado precisamente un pastor ginebrino, que hizo, como muchos de sus hermanos, sus primeras armas en esta tierra exótica para acabar luego como profesor en la Facultad de Teología de la ciudad de Calvino? Desembarqué pues allí en el otoño de 1952, y tomé el camino del Instituto Rousseau, ligado desde hacía muchos años a la universidad, pero albergado todavía entonces en el Palacio Wilson, junto al lago Léman. Los estudiantes extranjeros, sobre todo si ya tenían un título universitario, eran acogidos allí con mucho miramiento por el pedagogo Dottrens, codirector con Piaget, quien dejaba en manos de aquél toda la infraestructura administrativa. Me preguntó por mi formación previa, los cursos que había tomado, mis profesores, y valoró especialmente las enseñanzas de Paulus y de Osterrieth (psicología del niño y del adolescente, que figuraba en el programa de formación de profesorado

de enseñanza secundaria), y trazó a fin de cuentas un balance muy favorable de los cursos básicos, que podían servir de base a una convalidación. No me puso ninguna limitación acerca de la duración mínima de mis estudios, dándome derecho a matricularme de varias asignaturas simultáneamente, de modo que pudiera obtener en dos años la licenciatura que normalmente requería cuatro. La organización en semestres de los cursos, con tres convocatorias de examen cada año, permitía esa flexibilidad. Los esfuerzos del Programa Erasmus para establecer un sistema de transferencia de créditos entre las universidades europeas aparecen como mucho más rígidos que aquella flexibilidad ginebrina de la que tuve la suerte de poder beneficiarme.

En aquella formación era notable el lugar que se había dado a la práctica, así como a la investigación y a la «clínica». Estaba anclada, según la tradición de sus fundadores, en una aproximación evolutiva, que entonces todavía se llamaba «genética», no tanto porque se diera lugar privilegiado al estudio del organismo en desarrollo, como por el alcance explicativo que Piaget había sabido otorgarle en toda su extensión. El instituto estaba dominado por su figura llena de prestigio, que impresionaba a todos los estudiantes, incluso a los principiantes (lo que no era mi caso) que no alcanzaban a captar todas las sutilezas teóricas de sus lecciones, ofrecidas con urbanidad y elegancia. Se contaba con la ayuda de Inhelder, dinámica y sonriente, responsable de los trabajos prácticos que hacían de cada estudiante un colaborador ocasional anónimo al servicio de la vasta empresa del maestro. Gravitaban en torno a su órbita un grupo de celosos asistentes, pagados generalmente según la tarifa de una cuarta o una octava parte del salario normal, con la excepción de algunos seniors que, en su mayor parte, terminaban por abandonar Ginebra. A pesar de nuestra admiración y respeto a Piaget, y a pesar también de su afabilidad en sus relaciones sociales, los discípulos se avenían mal a soportar su autoritarismo científico (entre ellos Morf, y Rutschman, seguidos un tiempo después por Noelting). Inhelder tenía la misión de captar a los estudiantes extranjeros recién llegados, dotados de cierto bagaje, y susceptibles de ser atraídos por la idea de la colaboración con las investigaciones piagetianas.

Yo no me embarqué en esta vía, primero, porque necesitaba disponer de todo el tiempo para obtener mi licenciatura lo más pronto posible, y, segundo, porque mis conversaciones con los ayudantes de Piaget, insatisfechos con el rol de simples ejecutantes, me disuadieron de ello. No tuve, como se va a ver, que arrepentirme de esa reticencia.

Aunque el Instituto se identificó con frecuencia con su imagen, Piaget no era el único maestro en él. Lambercier, prototipo de investigador de laboratorio minucioso, modesto, feliz de compartir su fervor callado con los pocos alumnos que optaban por sus cursos, nos inició en las experiencias clásicas de la psicología experimental. Fischer logró hacer remontar al hombre de letras que yo era hacia las esferas de la estadística, cosa que no hubiera sido posible sólo con el manual de Faverge, el único disponible

entonces en francés, que era también un modelo de esoterismo. Loosli-Usteri nos desvelaba los secretos de las láminas de Rorschach. Pero el complemento más importante a Piaget lo representaba André Rey. Sus tareas principales eran la psicología clínica del niño y la orientación (y selección) profesional. En todo ello destacaba ampliamente, aunque sus gustos le hubieran llevado hacia la experimentación. Había trabajado con Karl Lashley, se interesaba profundamente por la psicofisiología y la psicología comparada, y encontraba aún tiempo para llevar a cabo en esos campos enseñanzas e investigaciones que la institución no le exigía. Añadía a todo ello una clínica de neuropsicología dentro del servicio de neurología dirigido por Georges de Morsier, que estaba abierta a un pequeño número de elegidos, y que hace de él uno de los contados pioneros europeos de la neuropsicología. Cada uno de sus dos puestos clínicos, junto a un curso magistral, cubrían una tarde semanal, compuesta de un seminario preparatorio, que iba seguido del examen de clientes llevado a cabo por estudiantes dirigidos por los ayudantes y, al final, de la intervención del «patrón» ante todos los estudiantes. Desplegaba con una seguridad y finura sorprendentes los problemas que había que resolver, completando el examen del niño y conversando con los padres en su estilo sosegado, didáctico al dirigirse a estudiantes, lleno de tacto siempre hacia sus interlocutores. Sus contribuciones en estos campos, por un lado los tests, y por otro los análisis teóricos y metodológicos, están repartidas en muchas obras y artículos, hoy olvidados por desgracia por la mayor parte de los psicólogos clínicos y los especialistas en orientación. A diferencia de Piaget, que limitaba gustosamente su misión de enseñante a la difusión de su obra, Rey nos abría a los trabajos de los grandes psicólogos del momento. Era un hombre de porte austero, con el perfil recortado del hombre de montaña; se permitía pocos descansos, que consagraba a los trabajos manuales —trabajos de carpintería y en el jardín—, a su pasión de coleccionista, a las excursiones alpinas, a la literatura. Más distante que Piaget, era no obstante más acogedor.

Tuve la suerte, al final de los dos primeros semestres —el primero para terminar con la propedéutica, gracias a mis convalidaciones, y el segundo para obtener el diploma de orientación—, de ver que Rey me proponía para un puesto de ayudante, a media jornada pagada con una cuarta parte del salario, que era compatible con la prosecución de la licenciatura y que al tiempo me libraba de la preocupación de mi sustento material. Me confió la responsabilidad de la orientación, es decir, la formación práctica de los estudiantes para los exámenes y para el estudio de los casos que llegaban a la consulta, así como la dirección de sus investigaciones, realizadas en equipos pequeños de entre dos y cuatro alumnos. Me licencié en otoño de 1954 y conservé mi puesto de ayudante hasta septiembre de 1955. Los dos años de mi colaboración con Rey fueron sin duda de los más enriquecedores de mi formación y de mi carrera. A ese contexto estrictamente universitario vino además a añadirse una ocasión suplementaria de colaboración estrecha con mi maestro.

Durante mi primer año ginebrino, me encontré con un condiscípulo (doce años mayor que yo) israelita, judío de origen rumano, religioso, adornado con una larga barba negra, extrovertido, que fumaba sin parar Gauloises, que podía ser absolutamente insoportable debido al tabaco los días de diario, pero que se abstenía de éste desde la puesta de sol del viernes a la puesta de sol del sábado, volviéndose entonces el hombre más tranquilo y sereno del mundo. Estaba relacionado con gente bien situada en su país, sobre todo en el organismo encargado de la emigración de jóvenes a Israel, y se preocupaba de la emigración de los judíos jóvenes del norte de África, a cuyos padres había convencido la propaganda sionista de que la felicidad de sus hijos se hallaba en el nuevo Estado recientemente creado. Por razones sanitarias, esos muchachos pasaban algunas semanas en el campo, al norte de Montpellier, antes de alcanzar la Tierra Prometida. Feuerstein, que tal era su nombre, sugirió a la agencia responsable que se añadiera un apartado psicológico al informe médico que se hacía, que permitiera prevenir los problemas de adaptación de los niños y adolescentes a su nuevo entorno. Así, puso en marcha un trabajo a la vez clínico y de investigación, para el cual reclutó colaboradores voluntarios de entre los estudiantes. Me propuso una colaboración más estrecha, que suponía varios desplazamientos al Hérault a lo largo del año, un intenso trabajo clínico y de investigación allí, seguido luego de otro de elaboración y tratamiento de los resultados en Ginebra. Decidí aprovechar esta ocasión inesperada de contacto, ahora ya profesional, con una cultura no-europea. Feuerstein obtuvo el apoyo de Piaget y de Rey. El primero apenas se implicó. El segundo –este trabajo evidentemente entraba mucho más dentro de su área de competencia– aportó su apoyo con generosidad.

Un mes de viaje de estudios nos permitió, en el verano de 1954, visitar los lugares de origen de los jóvenes emigrantes de Marruecos, que entonces, como antes había sucedido en la Argelia de 1948, era presa de las sacudidas de una próxima independencia. Los datos que reunimos en este viaje y luego en los dos años de seguimiento de los jóvenes emigrantes tras su paso por Francia justificaron la redacción de un informe de investigación importante, que se me confió, y para el que pude disponer de una estancia de seis meses en Israel para llevarlo a cabo. Tuve ocasión de ver cómo se adaptaban aquellos niños que habíamos visto antes en Francia, y de descubrir ese país tan singular, lleno de contrastes y paradojas, donde cohabitaban pioneros progresistas y religiosos integristas, idealistas y negociantes, halcones y palomas. Allí estaban ya los gérmenes de los problemas actuales. Terminé mi informe en francés, que tras mi marcha se tradujo y publicó en hebreo, en un bello volumen encuadernado. Mis ocupaciones posteriores hicieron cada vez menos frecuentes mis contactos con Feuerstein. Un incidente, que afectó tanto a Rey como a mí, vino a romperlos. Feuerstein se dio más tarde a conocer gracias a su Programa de Enriquecimiento Instrumental, que obtuvo considerable éxito, en buena parte comercial, y

que ha sido conocido tanto en los medios de la psicopedagogía especial como en el campo de la formación en la empresa, pero cuya eficacia ha sido seriamente puesta en cuestión recientemente. Sea como fuere, me había dado una ocasión excepcional para poner a prueba mis conocimientos psicológicos aún muy nuevos, en el medio de una cultura no-europea, y además me había permitido conocer un país nuevo arraigado en una tradición muy antigua, cuyo destino no ha dejado de complicarse a causa de sus relaciones con sus países vecinos. Algunos pioneros de la primera hora habían soñado con una tierra donde judíos y árabes cohabitaran en armonía. La historia no los ha escuchado.

He de evocar aquí otro viaje, durante mi período ginebrino, que me puso también en contacto con otra civilización, menos lejana de la nuestra, la de Estados Unidos. Fue un contacto indirecto, pues no abandoné Europa, pero también directo, pues me pasé cinco semanas en un ambiente universitario americano. Por incitación de Jean Paulus, había solicitado y obtuve una beca para el Seminario Americano de Salzburgo. Esta institución, fundada poco después de la Guerra Mundial, era una delegación de un grupo de grandes universidades americanas privadas en suelo europeo, destinada a permitir a estudiantes avanzados y profesionales del viejo continente que pudieran recibir, gracias a unos cursos intensivos, como ahora se dice, una formación de estilo americano con profesores pertenecientes a las universidades patrocinadoras. A lo largo del año se sucedían sesiones especializadas de dos o tres semanas, y cada verano había una sesión llamada general, de cinco semanas. Ésta ofrecía cursos sobre aspectos varios de la vida y la ciencia americana –historia, literatura, política, artes, etc.– destinados a todos los participantes, y cada uno elegía en principio un campo de especialidad dentro del abanico de posibilidades, que iban de la música a la economía. La psicología estaba incluida, a través de la figura de Donald McKinnon, especialista en personalidad. Fue una experiencia inolvidable: los participantes venían de todos los rincones de Europa, se movían entre los 22 y los 50 años de edad y pertenecían a los más diversos campos; aquello era un verdadero festival de interdiscipliniedad y de internacionalismo. Llevamos una vida de castillo, instalados en el Schloss Leopoldskron, alojados de forma monacal, pero nutridos de sabiduría gracias a una soberbia biblioteca que era absolutamente accesible. Yo entreví lo que sería, cinco años después, una réplica larga de esta experiencia en territorio americano. Fuimos también testigos de una preocupación que asolaba a nuestros profesores: el maccarthysmo se había desatado en su país haciendo estragos, y todos manifestaban su inquietud y su impotencia como intelectuales para poner fin a aquella caza de brujas. Finalmente, y ésta no era la menor maravilla, la estancia coincidía en gran parte con el festival musical. Asistí a muchos conciertos y a un *Don Giovanni*, en el Feestspielhaus, donde, entre otras muchas, no puedo dejar de destacar la actuación de Elizabeth Schwarzkopf.

Aún no se bien cómo mis modestos recursos de estudiante me permitieron pagarme un espectáculo que resulta difícilmente accesible todavía hoy a un viejo profesor.

Cuando dejé Ginebra, Rey, al que había de volver a ver unos meses más tarde en Israel, a donde fue invitado durante unas semanas, me dijo:

Richelle, tiene usted que pensar en su doctorado. No le aconsejo que lo haga conmigo: no tendría más que problemas. Si lo quiere hacer en Ginebra, habrá de trabajar con Piaget. Si no, es mejor que se vaya a hacerlo a Bélgica.

El consejo estaba bien fundado. Yo no me hacía a la idea de hacerlo con Piaget. Por otro lado, no había prisa: mis obligaciones militares me daban un cierto tiempo para reflexionar. Había agotado los permisos de estudio. A la vuelta de mi misión en Israel, me encontré a comienzos de abril, todavía con nieve, aprendiendo el trabajo de soldado de infantería, en una escuela de oficiales de la reserva.

PARÉNTESIS MILITAR, SEGUIDO DE UN GOLPE DE PÓQUER

Debido sin duda a la Guerra Fría –que para algunos, como los Húngaros, no era tan fría en 1956–, Bélgica obligaba a hacer un servicio militar de 18 meses. Me pasé seis formándome como oficial, y debía pasar el resto en un batallón en Alemania. Alagando mi edad avanzada, ofrecí mis servicios al director del Centro de Psicología del Ejército, que consideró interesante integrarme en su departamento, una vez que hubiera adquirido la experiencia del cuartel durante algunos meses. La condición era razonable. Los detalles de mi vida militar aquí no tienen apenas interés, aparte del hecho de que aprendí allí muchas cosas sobre selección profesional y, lo que es más importante, que en los meses finales de mi estancia en Bruselas me vi convertido en asistente de mi director, trabajando en el Secretariado General del Congreso Internacional de Psicología que debía tener lugar en Bruselas en julio de 1957. Esto me permitió alejarme de los asuntos militares y ver, por entre las rendijas, a algunos de los psicólogos célebres de los que había oído hablar y a las veces había leído sus libros. En particular me acuerdo de Piéron, de Köhler, de Michotte, de Yela... No he sido nunca un fanático de los grandes congresos internacionales, aunque aquél todavía tuvo dimensiones humanas. En los años siguientes, habré ido a una media docena de ellos, e incluso escapándome de ellos antes de terminar. Con todo, yo debía ir pensando en mi porvenir. Reanudé el contacto con Paulus, que participaba activamente en el Congreso, como presidente de la Sociedad Belga de Psicología. Mi sueño entonces, como el de todos los jóvenes científicos de la época, era continuar mi formación en los Estados Unidos. Paulus, que había disfrutado de dos estancias allí, de un año cada una, me animó mucho y apoyó mi solicitud de una beca muy requerida, ofrecida por una fundación cuyo capital se

había formado merced a los donativos de la generosidad del pueblo americano hacia los belgas sin alimentos al terminar la Primera Guerra Mundial. La *Commission for Relief in Belgium –Belgian American Educational Foundation* (BAEF) –seleccionaba cada año una docena de becarios procedentes de todo el país, sin distinguir la disciplina que cultivaban. La elección de universidad se le dejaba al candidato, en caso de que fuera seleccionado. Aunque lo principal de mi formación en Ginebra había estado dirigido a los campos aplicados, deseaba completarla ahora en psicología experimental. Me informé, y la respuesta fue unánime: el departamento con mejor reputación era el de Harvard. Lo solicité, tuve suerte y allí me admitieron.

Por desgracia, la BAEF no me seleccionó: en junio ésta última me envió una carta diciéndome que me habían asignado el puesto número trece, pero que no había más que doce becas. Añadía que, si por casualidad alguno de los candidatos seleccionados antes rehusaba, entonces podría tener beca en mi calidad de «primer suplente». Semejante posibilidad me parecía tan improbable como que me tocara el premio gordo de la lotería nacional. Tenía que buscarme un medio de vida. Se lo conté a Paulus. Me propuso para un puesto de investigador en un equipo interdisciplinar de investigación sobre temas de África central, que se había creado dos o tres años antes gracias al impulso de un rector emprendedor. Firmé mi contrato para partir en septiembre de 1957, al terminar mi servicio militar. Unos días antes de ponerme de viaje hacia Africa, la BAEF me comunicó que, al haber fallado una persona, podía ir yo al fin a Cambridge, Mass –donde se halla Harvard. ¿Qué podía hacer? Ya estaba comprometido, y me había ya hecho a la idea del cambio de continente. Pero, ¿cómo renunciar a esta suerte inesperada de poder pasar un año en Harvard? Paulus me dejó que yo eligiera, asegurándome que el rector comprendería muy bien y aceptaría anular mi contrato. Fui a verle, y conociendo su manera leal de ser, y también el poder institucional de que gozaba en los organismos científicos nacionales, le pregunté: «Si mantengo mi compromiso de ir a África, ¿podría tener la seguridad de que al año siguiente podría tener la beca para Estados Unidos?». La beca no se podía mantener automáticamente, pero el rector se comprometió a que yo la obtuviera. Mantuvo su promesa. Por lo pronto, de inmediato yo me encontré en Katanga.

ÁFRICA CENTRAL

Me uní a un equipo de investigadores jóvenes, que estaban haciendo estudios preparatorios para la posterior creación de una comunidad rural piloto, destinada, tras su lanzamiento con un cuadro técnico de europeos, a alcanzar rápidamente una autonomía de funcionamiento. El proyecto no carecía de atractivo para científicos de menos de treinta años, responsables de sus trabajos ante los profesores de Lieja,

pero dotados de gran libertad de acción. Mi misión consistía en estudiar los aspectos psicológicos de la migración de los campesinos hacia las ciudades (Elisabethville, ya convertida en Lumbumbashi); este fenómeno, tras haber afectado a Europa, ha alcanzado a los países en vías de desarrollo, creando megalópolis desmesuradas. Las informaciones que proporcionara el estudio debían ser útiles para luego motivar a los futuros habitantes de la aldea piloto. Puse en marcha una investigación de campo en la parte africana de la ciudad, que estaba diferenciada geográficamente respecto de los barrios «europeos», formándome de manera autodidacta en la técnica de la entrevista antropológica, absorbiendo cuanto podía encontrar de antropología cultural y de lecturas etnológicas sobre las tribus locales.

Una serie de tribus con orígenes étnicos muy diversos se dividían el territorio urbano, y cohabitaban sin mayores problemas, reunidas por la escuela, el comercio, los empleos, los servicios de salud, el fútbol, etc., pero conservándose al mismo tiempo ligadas a sus raíces respectivas. No se podía llevar a cabo una encuesta psicosocial efectiva sin que pasara antes por los «jefes» instalados en la ciudad, generalmente hijos de los jefes que permanecían en los territorios de origen. Yo cumplí con ese requisito obligado y me puse así en conexión con las autoridades reconocidas de las «tribus» más representativas que había en Elisabethville, es decir, los Baluba de Kasai, los Baluba de Katanga y los Lunda, etnia importante que se repartía entre Katanga y Angola. Puedo evocar los jefes de estos dos últimos grupos: el primero, un enfermero superior (era el nivel de formación más alto que había en la colonia belga, que sólo muy recientemente había creado unas universidades y que, a diferencia de lo hecho por Francia o Gran Bretaña, había evitado abrir sus universidades nacionales a una élite africana); el segundo, un comerciante acomodado. Habían sido educados en las mismas misiones protestantes británicas, eran buenos amigos. Uno se llamaba Jason Sendwe; el otro, Moise Tschombe. En la víspera de la independencia del Congo, en julio de 1960, se convirtieron en rivales, implicados en las luchas políticas entre partidos nacidos de los grupos étnicos. En las turbulencias que siguieron a la independencia, se tornaron enemigos. El segundo obtuvo el poder, en Katanga, luego en Kinshasa, mientras que el primero murió asesinado, víctima de las «luchas tribales»; los extranjeros de todos los lados atribuyeron al despertar de esas luchas, que habían sido soterradas por la autoridad colonial, los desórdenes que ellos mismos habían instigado al enfrentar a unos africanos contra otros, al imitar la organización política de una democracia mal preparada sobre unas agrupaciones étnicas que nunca habían llegado a tener una agresividad tan desmesurada. He conservado un hacha ritual, que me regaló Sendwe la víspera de su partida para la exposición universal de Bruselas; había vendido su auto familiar y su amigo Tschombé le había traído a mi estudio de trabajo, donde habíamos brindado juntos.

Me he adelantado a los acontecimientos. A finales de agosto de 1958 volví a Bélgica para volar hacia Estados Unidos. Volvería aún en 1960 para una segunda misión de un año en Katanga, esta vez en la villa piloto que entretanto se había construido. No era lo que, sin duda de un modo ingenuo, nosotros habíamos concebido. Dije lo que pensaba sobre aquello, en desacuerdo con el profesor de sociología, co-tutor de mi misión, ya muy implicado en las intrigas políticas locales (llegó a ser consejero privado de Tschombé). Mi estancia se redujo a la mitad: estuve allí el día de las primeras elecciones, pero ya no vi el día de la independencia. La vuelta inesperada no tuvo repercusión alguna sobre mi prometida reintegración a un puesto en la universidad.

Acerca del antiguo Congo belga, se sabe lo que ha sido de él y lo que hoy es. El régimen colonial seguramente no era el modo de gobierno ideal. Pero hay cosas peores: el régimen colonial oculto, en donde las explotaciones más cínicas se llevan a cabo bajo la máscara de la libertad y la democracia. No he vuelto al África central.

No puedo cerrar este capítulo africano sin contravenir la limitación que me he impuesto de ajustarme aquí a mi trayectoria intelectual. En Katanga encontré a la persona con que me casaría en 1961: Anne-Marie Graulich. Enseñaba allí inglés y holandés. Mujer fuera de lo común, es imposible medir todo lo que a ella le debo en lo que sigue y en muchas otras cosas.

CAMBRIDGE, MASS

Deseaba aprovechar mi beca en Estados Unidos para lograr una formación más amplia en psicología experimental, dado que mi preparación ginebrina, en ese campo, había estado dominada por la orientación piagetiana, insustituible pero también incompleta. Según todas las informaciones que pude reunir, el departamento con mayor prestigio en aquella época era el de Harvard. El pequeño *Department of experimental psychology* había nacido de una escisión, provocada por Lashley en 1936, respecto del resto de las ramas de la psicología, especialmente frente a la psicología clínica que dominaba Harry Murray. El departamento de *Social Relations* reagrupaba a clínicos, psicólogos sociales, evolutivos, sociólogos, antropólogos culturales, e incluso algunos experimentalistas, como por ejemplo Richard Solomon. Aquella separación, bastante artificial, llegó a su fin en los años setenta, como condición impuesta para la construcción del *William James Building*, que en adelante iba a albergar a un unificado Departamento de Psicología. Pero en la época de mi estancia –1958-1959– el Departamento de Psicología experimental, instalado en los sótanos de la venerable capilla del *Memorial Hall*, acogía cada año un número muy restringido de *graduate students*, del orden de una decena de ellos, la mayor parte de los cuales permanecían allí tres años para obtener su doctorado (PhD). Estudiantes, investigadores y docentes vivían

bajo tierra, como topos, en un ambiente extraordinariamente favorable para el trabajo. Cada uno disponía de su llave del laboratorio y de la biblioteca, a los que tenía acceso libre día y noche. Conocía yo, ya antes de llegar, los nombres de la mayor parte de los profesores, pero no había elegido a quién o a quiénes iba a tomar por mis maestros. E. G. Boring, el historiador de la psicología experimental, ya largo tiempo retirado, conservaba un despacho confortable desde donde pilotaba *Contemporary Psychology*; mantenía la tradición de invitar a comer al Faculty Club al grupo de recién llegados a los que entretenía, conversador infatigable, la tarde entera. Estaba allí también S. S. Stevens, el psicofísico; B. F. Skinner, el maestro del conductismo radical; G. A. Miller, que pasaba su año sabático en Stanford (donde estaba escribiendo con Galanter y Pribram *Plans and the structure of behavior*), había sido reemplazado por Donald Lindsley, el psicofisiólogo californiano; Richard Herrnstein, joven profesor, discípulo de Skinner, daba psicología del aprendizaje; la sombra discreta de von Bekésy recorría los pasillos entre dos de sus elegantes experiencias que le habrían de valer el Premio Nobel. Mi interés se dirigió rápidamente hacia Skinner, quien me ofrecía una perspectiva completamente desconocida en mis estudios ginebrinos, y cuyo laboratorio se hallaba entonces en su cénit. Me sedujeron su filosofía de la psicología, sus métodos de laboratorio, y sus desarrollos hacia los campos aplicados. Este hombre no tenía otro carisma que el rigor tranquilo del discurso científico, bajo el cual latía una convicción profunda acerca de lo que la psicología, su psicología, podía aportar a la solución de los problemas humanos. Hacía ya diez años que había publicado su utopía *Walden Two*, cinco que había aparecido *Science and human behavior* y poco antes los *Schedules of Reinforcement* y *Verbal Behavior*. Un amigo me permitió conocer en una copia de las pruebas de imprenta la famosa crítica de Chomsky al último libro mencionado. La elección de Skinner orientó mi carrera de modo decisivo. Y no sabré nunca qué hubiera pasado de haber estado allí Georges Miller.

La enseñanza, según la tradición anglosajona, se hacía allí mediante seminarios, hecho posibilitado por la relación que había entre el número de enseñantes y el de estudiantes. No pasaba semana en que no hubiera un conferenciante de fuera que aportara una nueva estimulación para el espíritu. Además, la histórica separación de nuestro departamento no impedía en modo alguno las interacciones con el Departamento de Relaciones Sociales: sus profesores bajaban a nuestros sótanos para animar algunos seminarios –tengo un recuerdo especial del paso por allí de Jerome Bruner. Yo seguí un seminario conducido a dúo por John Whiting, antropólogo especializado en el estudio intercultural del desarrollo y de los procesos educativos, y Richard Solomon, psicólogo del aprendizaje que trabajaba con ratas; era un modelo de seminario interdisciplinar. Fui también por curiosidad a algunos seminarios de Murray, al que Paulus estimaba mucho. Confieso que compartía –sin conocerlo– el criterio de Lashley que lo había conducido a la escisión.

No voy a entrar aquí a detallar las condiciones que se conjugaron para hacer que estos dos semestres americanos fueran los más productivos de mi formación, y que me den la impresión, por la densidad intelectual de aquel medio privilegiado, de haber hecho allí tanto como en los otros tres años anteriores.

Pero un hecho inesperado vino a modificar de nuevo el curso de mi carrera. Como todo becario, pensaba quedarme allí el tiempo necesario, de tres a cuatro años, para hacer el doctorado. Llevaba instalado unas cuantas semanas, cuando recibí una carta de Paulus. Me decía que la universidad de Lieja estaba a punto de montar una especialidad con una licenciatura en psicología en cinco años, la cual debía ponerse en marcha en el año académico 1961-1962. Se iban a necesitar profesores para los distintos campos de la psicología y yo tendría allí una ocasión excepcional no sólo de conseguir un puesto docente, sino incluso de crear lo que quisiera, porque, por decirlo así, no había nada hecho. Era preciso, no obstante, tener el doctorado. Comprendía muy bien que a mí me tentara el tratar de obtener un doctorado en Harvard, pero insistía de todos modos en que considerase el ofrecimiento que él me hacía. En su opinión, yo podía fácilmente presentar una tesis basada en mis trabajos katanguenses: ello me alejaría un tanto de mi orientación experimental, pero nada me impediría luego volver a consagrarme plenamente a ésta; la competencia en ambos campos lógicamente había de ser bien valorada, a pesar de la moda creciente de la especialización estricta. Tras unos días de reflexión, me dejé convencer. Procuré sacar el máximo rendimiento de mi estancia, sin sobrecargarme mucho con la preparación de los exámenes, empezando a elaborar el plan de la tesis que me pondría a redactar a mi vuelta. Sin embargo, no renuncié a cruzar el continente, cosa que la organización que me había concedido la beca recomendaba a los becarios que habíamos elegido una universidad de la costa Este, para que no nos fuéramos de Estados Unidos sin haber descubierto la América profunda. En compañía de dos amigos flamencos, a bordo de un viejo DeSoto que tenía ya 13 años, y que bautizamos como el *Dinosaurio*, nos fuimos de Boston a San Francisco, de allí a México y vuelta a Nueva York, en un viaje de cerca de dos meses. La historia de esta aventura, los encuentros con una muestra muy variada de americanos de toda condición, llenarían las veinticinco páginas permitidas a mi texto. Pero está todo ello guardado en mi memoria.

ENTRE LA ANTROPOLOGÍA CULTURAL Y LA PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL

Presenté mi tesis doctoral en diciembre de 1959, con el título de *Aspects Psychologiques de l'Acculturation* (*Aspectos psicológicos de la Aculturación*).

Según lo convenido, a comienzos de enero había vuelto a Katanga, para regresar, como ya dije, antes de lo previsto. Ocupaba el puesto de colaborador de Paulus,

ligado a la Facultad de Filosofía y Letras, en donde me nombraron, en 1962, profesor asociado encargado del curso de Antropología Cultural; durante ocho años estuve enseñando dicha materia a los estudiantes de segundo curso de la licenciatura en Psicología, puesta en marcha en 1961. Paralelamente, empecé a montar un laboratorio de psicología experimental. La Facultad de Filosofía me ofreció un despacho, pero no locales para el laboratorio, menos aún para mi proyecto de una unidad de condicionamiento operante con animales. El azar de una amistad me dio la solución, que trajo una nueva bifurcación en mi trayectoria. Un médico amigo, Jean Schlag, neurofisiólogo formado en Estados Unidos, asociado al Departamento de Farmacología, había montado un laboratorio de electroencefalografía experimental y buscaba la colaboración de un especialista en comportamiento. El EEG entonces era el equivalente de la «imagería cerebral» de hoy, y suscitaba el mismo tipo de colaboración entre neurobiólogos y psicólogos. Me facilitó la generosa hospitalidad del catedrático de Farmacología, Marcel Dallemagne, especialista en metabolismo cálcico, pero muy capaz también de percibir el interés que tenía el abrir su laboratorio al estudio de las drogas psicotropas entonces en pleno auge. Así pues, se montaron las cajas de Skinner, adaptadas para el gato, animal predilecto del neurofisiólogo, probablemente las primeras que se han establecido en nuestro continente (Richelle, 1991). Era lógico que, a cambio de tal hospitalidad, yo aportase una contribución a la farmacología. De ese modo, los primeros trabajos del laboratorio de psicología experimental, aún recién nacido, estuvieron consagrados a la psicofarmacología. Por desgracia, el Dr. Schlag emigró poco después al Brain Research Institute de Los Ángeles (EE. UU.), donde proseguiría su brillante carrera. Pero por suerte, su partida no hizo peligrar mi presencia en los locales que habían puesto a mi disposición, ni el uso de todos los recursos técnicos del departamento de farmacología, que continué disfrutando durante 22 años. No sólo pude libremente levantar todo mi programa de investigación, sino también acoger allí, desde 1963, a los estudiantes de la licenciatura de Psicología que iba a formar en la práctica experimental. En el curso 1962-1963 se unió a mi enseñanza de Antropología Cultural una Introducción a los métodos experimentales para estudiantes de segundo curso, y después la Psicología Experimental en primer año de licenciatura (2.º ciclo), y un seminario destinado a los estudiantes de los dos últimos cursos que habían elegido la orientación experimentalista. En 1965, mi nombramiento para una cátedra nueva de psicología experimental vino a consagrar todas esas responsabilidades. Eran los «dorados sesenta», recordémoslo, y las universidades, al menos en Bélgica, conocían una etapa verdaderamente dorada. Pude equipar mi laboratorio sin dificultad y disponer de medios de investigación realmente envidiables para cualquier psicólogo. Sin duda, mi alojamiento dentro de la Facultad de Medicina aún hizo más fáciles las cosas.

El programa de estudios del nuevo Institut de Psychologie de Liège, convertido en Facultad en 1986, merece un breve comentario. Era, en muchos sentidos, innovador. Anclado de modo equilibrado entre las ciencias de la vida y las ciencias sociales, incorporaba en la formación de base materias como la etología y la antropología cultural, dejaba ancho margen a la formación práctica y concedía, para aquella época, una gran libertad de elección al estudiante. Se mantenían disciplinas fundamentales clásicas que luego han desaparecido en beneficio de una especialización cada vez más precoz. Así sucede que el profesor que hoy aborda la psicología cognitiva del razonamiento tiene ante sí unos alumnos que no tienen la menor formación en lógica.

Investido del raro privilegio de poder crear a partir de nada, tuve que tomar una decisión importante en relación con la orientación de mi laboratorio, que tenía que ser el lugar de formación práctica de los estudiantes. La fórmula general no planteaba ningún problema: inspirándome en la formación recibida en Ginebra, mis estudiantes iban a formarse en la práctica experimental, no reproduciendo experiencias clásicas del laboratorio psicológico (como era la tradición mantenida en París por Fraisse y que se recoge en su *Manuel pratique de Psychologie expérimentale*), sino realizando en pequeños grupos una parte dentro de una investigación real, inédita, que constituía el programa de investigación del laboratorio. Pero había que concentrar ese programa en uno o unos pocos temas, por ejemplo en el condicionamiento operante y algunas de sus aplicaciones, o bien abrir un abanico un poco mayor, que permitiera a los estudiantes familiarizarse con otros campos de estudio. La primera solución tenía la ventaja de centrar mejor la actividad investigadora del laboratorio y el inconveniente de limitar el horizonte de los estudiantes. Opté por la segunda solución, la propia del eclecticismo, que ofrecía, junto con temas que exigían poner en práctica las técnicas del condicionamiento operante (psicofarmacología, regulaciones temporales, variabilidad comportamental, etc.), otros que se relacionaban con la problemática piagetiana, los problemas de la motricidad, la psicología del lenguaje, la creatividad, etc. Esta decisión resultó fecunda: los estudiantes se interesaron por los diversos campos, hicieron en ellos sus memorias de licenciatura y, en su caso, el doctorado, y muchos lograron tener una carrera brillante en una especialidad para la cual los trabajos prácticos de licenciatura les habían servido de cebo (acerca de la diversificación de temas y la carrera de los que los han desarrollado, véase Lejeune et al., 1995). Semejante dinámica tuvo también la ventaja de permitir confiar responsabilidades de formación en cascada, de modo que un doctorando, controlado por un miembro del equipo investigador, asumía la supervisión de un estudiante que hacía su memoria de licenciatura, el cual servía a su vez de monitor de unos estudiantes en prácticas. Resumiré aquí los principales campos abordados, tomando como base el volumen editado por Lejeune et al. ya mencionado.

SOBRE ANIMALES Y HUMANOS

Evocaré aquí, entre las actividades llevadas a cabo en mi laboratorio a lo largo de 35 años, algunos temas de investigación y de reflexión que reflejen de modo especial mis intereses personales, y añadiré algunas anécdotas relativas al contexto que los suscitó o los sostuvo.

Uno de los primeros temas, que enlaza con las experiencias psicofarmacológicas ya desde 1960, fue el del tiempo, abordado con la ayuda de las técnicas de condicionamiento operante; llevaban la etiqueta de «regulaciones temporales» y englobaban la estimación y el control de la duración en el comportamiento propio del sujeto, así como la estimación de duración de los estímulos externos. La psicología del tiempo sólo atraía el interés de unos contados investigadores, de los que Paul Fraisse era la figura más relevante. Nuestras investigaciones hicieron que se aproximaran nuestro equipo y el suyo, y esto nos dio múltiples ocasiones para tener encuentros científicos. Muchos alumnos de las primeras promociones se entusiasmaron con el tema del tiempo y algunos adquirieron rápidamente en esta cuestión una reputación internacional, como F. Macar, emigrado muy pronto a Marseille, y H. Lejeune, colaboradora irremplazable, que hizo desarrollos en este sector muy notables, mediante experiencias de comparación entre especies, así como contribuciones al examen crítico de los modelos de reloj interno, que se han multiplicado durante el último cuarto del siglo XX. Actualmente prosigue su actividad rodeada de un reconocimiento internacional.

Las relaciones amistosas que había yo anudado en África con mi colega etólogo Jean-Claude Ruwet –cuya enseñanza, quiero recordarlo, formaba parte del programa de nuestros estudiantes de psicología– nos condujeron a los dos a debatir con nuestros alumnos acerca de la complementariedad de nuestros dos puntos de vista. Tuvimos seminarios comunes, así como investigaciones que conjugaban las dos perspectivas (volveré luego sobre una de ellas, al hablar de las publicaciones), e incluso se organizó un coloquio internacional en 1969 que reunió a especialistas de ambos campos (Richelle & Ruwet, 1972). Esta orientación era completamente extraña, en aquella época, a los especialistas anglosajones en condicionamiento operante, con la excepción del propio Skinner, autor de un artículo importante (1966). Sus discípulos americanos no se interesaron en el tema sino a finales de los años setenta, proclamando su «descubrimiento» en tono polémico de cara a su maestro, que sin embargo ya se les había adelantado.

Mi formación tiene una particularidad poco frecuente, si no única: el haber sido alumno a la vez de Piaget y de Skinner. Muchos piensan que esto ha debido de volverme esquizofrénico. Tal vez tengan razón, pero, por mi parte, creo que la fascinación que sienten los psicólogos hacia las grandes teorías monolíticas esteriliza su pensamiento más de lo que lo fomenta. Por lo que se refiere al constructivismo ginebrino

y al conductismo radical, ambos presentan, a pesar de sus importantes diferencias, convergencias y complementariedades más fecundas que sus propias elaboraciones de un modelo explicativo general. He dedicado una parte de mi reflexión precisamente a explicitar esas semejanzas, en especial en lo relativo al primado de la acción y el recurso a la metáfora de la selección natural, mientras que un grupo de investigadores animado por C. Botson explotaba, en los años setenta, las técnicas experimentales skinnerianas para llevar a cabo un análisis fino del paso de una etapa a otra en el desarrollo cognitivo, según la descripción piagetiana.

El modelo seleccionista, central en la concepción skinneriana (pero generalmente desconocido por sus comentaristas críticos), nos llevó a abordar el problema de la creatividad dentro de una perspectiva de continuidad en relación con los aprendizajes más elementales y a subrayar las variaciones en las adquisiciones tanto individuales como colectivas.

Ante las distorsiones de la obra de Skinner que aparecen entre mis colegas franceses, que no han tenido acceso sino a un número limitado de obras del conductista americano, por cierto traducidas a la mayor parte de las lenguas occidentales, he consagrado bastantes artículos y dos libros a la tarea de hacerle justicia. No estoy seguro de haber logrado que aquéllos cambien de opinión. Entre los psicólogos, la lectura fiel de los textos no es algo tan extendido como se pudiera pensar. Ese sesgo ha sido particularmente flagrante en el campo de la psicolingüística. La larga crítica de Chomsky a *Verbal Behavior* le promovió a su autor a las candilejas de la psicología, convirtiéndole en el debedor del conductismo y en líder de una nueva psicología del lenguaje. Los psicólogos, convencidos por las 40 páginas de Chomsky, se sintieron dispensados ya de leer a Skinner. De haberlo hecho, habrían descubierto que la argumentación del generativista no tocaba en lo esencial la cuestión de base, y sobre muchos puntos era ligera, e incluso poco honesta. Esto no pretende cuestionar la aportación propiamente lingüística de Chomsky (que el paso del tiempo, con todo, va relativizando), la cual precisamente siguió irradiando en beneficio de algunos privilegiados gracias precisamente al apoyo de nuestro laboratorio de condicionamiento operante.

En efecto, en 1966, el lingüista Nicolas Ruwet, antiguo condiscípulo de mis años de Lieja, hermano del etólogo, que había estado trabajando con Chomsky, acababa de defender su tesis, publicada poco después, con el título *Introduction à la grammaire générative*. Estaba esperando obtener un puesto universitario y la ocasión se le presentó en París. Le sugerí que dedicara una parte de su tiempo a enseñar gramática generativa a gentes interesadas en ello. Se planteó una cuestión de locales y era inconcebible que se pudiera dedicar uno de la Facultad de Filosofía y Letras a una actividad que no estuviera organizada oficialmente. Ofrecí entonces la hospitalidad de mi sala de seminario, un lugar de paso entre el animalario y las cajas de condicionamiento; allí, un puñado de participantes se aplicaron al estudio de las estructuras

profundas, de las que tal vez los gatos y las ratas que pasaban por allí cazarían al pasar algunas briznas. Aunque no lo he podido verificar, pienso que aquella fue la primera exposición sistemática de la teoría chomskiana en nuestro continente. Entre los participantes se encontraba el lógico y especialista en Quine P. Gochet, la lingüista M. L. Moreau –quien más tarde me ofrecería su colaboración para una rigurosa puesta al día de mi libro *L'acquisition du langage* (Moreau & Richelle, 1981)– y J. P. Bronckart, estudiante avanzado que luego sería profesor en Ginebra. Éste ha evocado aquella inesperada cohabitación de las sombras de Skinner y de Chomsky en una entrevista publicada años después.

Muchos de los estudiantes que manifestaron su interés por las actividades del laboratorio se orientaron luego, a veces como consecuencia de una demanda exterior, hacia campos aplicados, que implicaban con frecuencia colaboraciones interdisciplinarias. Este hecho reforzó mi doble convicción de que la dicotomía entre psicología fundamental y campos aplicados era una falacia, aunque muy arraigada, y que nuestra ciencia no podía sino salir ganando al asociarse a otras disciplinas, en vez de buscar el proclamar su autonomía como algunos psicólogos tratan insistentemente de hacer, de un modo que es tan anacrónico como obsesivo.

Todos esos desarrollos están bien descritos en Lejeune et al., 1995. Los apuntaré tan sólo de modo breve ahora. Uno de mis primeros colaboradores, O. Fontaine, un psiquiatra, con algunos colegas y algunos psicólogos jóvenes, se dedicó a las terapias comportamentales, después de haber estado trabajando en psicofarmacología experimental, y se interesó por reproducir los condicionamientos operantes viscerales descritos por Neal Miller, con la misma falta de éxito que acompañó al maestro americano de psicofisiología. Un equipo impulsado por J. L. Lambert consiguió una financiación generosa con fondos públicos, para establecer una aproximación comportamental a los enfermos mentales, en beneficio de Suiza, mientras aquél hacía su carrera en Friburgo. No es éste un caso único de la incapacidad de mi universidad o de mi país para retener a sus jóvenes expertos. X. Seron, por esa misma época, aceptó el ofrecimiento de un servicio de neurocirugía para que aportara allí su competencia psicológica en el estudio de pacientes sometidos a intervenciones cerebrales. Tras una formación en Ginebra y en París, y a pesar de su deseo de desarrollar ese campo en Lieja, mi facultad no consideró de utilidad el retenerlo. Creó en la Universidad de Louvain una de las escuelas más reputadas de neuropsicología experimental y clínica. Por suerte, tras un cierto hiato, uno de sus primeros colaboradores salido él mismo también de Lieja pudo retornar, volviendo a darle vigor a un equipo de neuropsicología. Otros jóvenes investigadores se pusieron a trabajar en psicología cognitiva del deporte, o en percepción visual aplicada a personas con visión deficiente. En fin, en los años ochenta, el azar hizo que nuestro laboratorio se enriqueciera con una nueva e inesperada línea de investigación; una mujer, ya de unos cincuenta años de edad, soli-

citó ser admitida para hacer su tesis doctoral. Era música, había realizado ya de mayor los estudios de psicología en la Universidad de Bruselas y deseaba hacer una tesis sobre percepción musical. Modesto aficionado, le dije que no tenía ninguna competencia en el campo de la música, pero me replicó que en ese terreno ella tenía la competencia necesaria. Irène Deliège insistió y la aceptamos. No contenta con presentar una brillante tesis cuatro años después, estrechó las colaboraciones con el Conservatorio de Música, organizó seminarios en los que invitó a los más eminentes especialistas en psicología de la música, organizó en Lieja el Congreso Internacional de Psicología de la Música y fundó la Sociedad Europea de Ciencias Cognitivas y Música (ESCOM).

No me corresponde a mí hacer el balance de estos 35 años de laboratorio de psicología experimental de la Universidad de Lieja. He tenido casi sin interrupción una serie de apoyos institucionales. He tenido la suerte de poder dialogar, a lo largo de toda mi carrera de investigador, con colaboradores jóvenes y estudiantes avanzados, lo que es una de las medidas preventivas mejores para evitar el envejecimiento. Elegí no encerrarlos en una única especialización muy puntual y limitada, y les animé a seguir sus propios caminos, feliz de poder cultivar dentro de mi equipo esa diversidad. Tal vez eso fue un error, en una época en que el científico típico debía exhibir una hiperespecialización, y pasear de un congreso a otro más bien *su modelo* que su *teoría*. Pero he continuado con mi inclinación al eclecticismo, y el que me hayan tratado en algunas ocasiones de *generalista* lo he tomado siempre como un cumplido. Aunque con frecuencia se me ha visto como uno de los raros representantes europeos del conductismo, aunque ya como un «fruto tardío», me enorgullezco de haber nutrido intelectualmente en su juventud a algunos de los mejores psicólogos cognitivos de la generación actual. Cuando me jubilé, fue el momento en que se cambió la expresión de *psicología experimental* por la de *psicología cognitiva*. El abandono de la primera estaba justificado por el hecho de que la metodología experimental se había extendido a numerosos dominios que sería imposible cubrir con competencia si se veía, bajo la etiqueta de *psicología experimental*, una aproximación a todo lo que hoy se estudia con el método experimental. El deslizamiento hacia lo *cognitivo* se entiende perfectamente si se renuncia a mantenerlo –sobre todo a fines de enseñanza– como una rama de la psicología definida por un cierto método y se lo ve como una rama definida por el objeto, la cognición, que se ha desarrollado en los últimos decenios. La cosa se entiende peor si tras la palabra *cognitivo* se defiende una cierta concepción teórica y epistemológica, esto es, ideológica. Ningún laboratorio de psicología donde se ha mantenido una perspectiva behaviorista, o gestaltista, se ha puesto una de esas etiquetas en vez de la clásica de «experimental». Pero sé bien que éste es un debate en el que en vano podrá dejar sentir su influencia un hombre de mi edad.

RELACIONES INTERNACIONALES: 1. CONGRESOS Y COLOQUIOS

He viajado, como todos los científicos –no diré ya «de hoy», pues la mayor parte de los intelectuales del pasado fueron igualmente viajeros, y al lado de nuestras facilidades de comunicación, sus viajes eran casi una hazaña. Desde luego, yo he tenido por los viajes una decidida inclinación. No voy a hacer una lista, que se parecería sin duda a la que cualquier otro científico puede llegar a hacer al cabo de su carrera. Traduciría, sin duda, ciertas inclinaciones personales. Por un lado, nunca me han gustado las muchedumbres y, salvo algunas excepciones, he frecuentado poco los grandes congresos internacionales y no me han atraído las convenciones gigantescas de la APA (American Psychological Association) o de algunas otras grandes sociedades científicas de ultramar. De los Congresos Internacionales de Psicología, además del de Bruselas de 1957, al que ya me referí antes, he ido a los de Londres en 1969, París en 1976, Sidney en 1988 y luego Bruselas en 1992 (uno de los pocos casos en que después he sentido haberme visto envuelto –pero eso es ya otra historia).

Siempre he preferido las reuniones que no pasaban de doscientos o trescientos participantes, y si no eran más que una veintena, pues tanto mejor. Por otro lado, en cuanto al contenido y a la índole de los participantes, siempre he dado prioridad a dos tipos de reuniones: los coloquios centrados sobre un tema especializado de entre los que a mí me interesaban (con una preferencia marcada hacia el tema del tiempo) y las manifestaciones pluridisciplinarias. En suma, aunque con frecuencia he tenido que resignarme, he sentido horror hacia los viajes relámpago donde se va del aeropuerto a la habitación del hotel, de allí al salón de la conferencia dentro del mismo edificio, para enseguida volverse a casa sin haber visto nada de la magnífica ciudad que nos había acogido. Es algo triste que los universitarios estén condenados a recorrer el mundo con semejante incultura, por falta de tiempo, o de medios, o incluso por simple contaminación del estrés propio del mundo de los negocios. Se adivinará fácilmente, creo, que he sido mucho más europeo que intercontinental, aunque me han interesado enormemente mis visitas a Quebec, a Estados Unidos y a Latinoamérica. El continente asiático me sigue siendo algo desconocido, con lo que sin duda me faltan unas cuantas cosas importantes. Como ocurre a todos mis colegas, mis viajes al extranjero se han repartido entre reuniones científicas, conferencia y cursos, realización de un trabajo de experto externo encargado por organismos o instituciones de investigación o educación, o tribunales de tesis doctorales. Cada uno de esos apartados incluye momentos memorables para mí por los encuentros que he tenido, a veces decisivos, o también por lo que en ellos he podido aprender; tengo muchas anécdotas, algunas divertidas, en ocasión alguna incluso patética. Por ejemplo, tomé parte con una docena de colegas europeos y norteamericanos en un congreso en homenaje a Piaget en Río de Janeiro, poco tiempo después de su fallecimiento (un éxito para los organi-

zadores), en el que las peripecias surrealistas parecían más propias del psicodrama, y tenían que ver con el culto a la personalidad (no la de Piaget, sino la del organizador) y con el puro mercantilismo. Felizmente, aquella no fue la única ocasión en que pude disfrutar la experiencia de la incomparable hospitalidad brasileña. Invitado otra vez en Venezuela, descubrí por sorpresa que el coloquio, en principio muy interesante, al que me habían invitado estaba patrocinado por el ministro para el Desarrollo de la Inteligencia –¡maravillosa titulación! Otra vez estaba en Lyon, en un tribunal de tesis doctoral, junto a un amigo y colega, con quien mantenía desde hacía varios años una colaboración fructífera, el cual había asesinado a su mujer unos días antes. Éste no dejó traslucir nada del asunto, cuando, al tener que marcharme el primero del acto de celebración de la tesis, me despedí de él dándole mis mejores recuerdos para su esposa, de cuya hospitalidad había yo gozado, y me devolvió la cortesía ahora para con mi mujer. Confesó todo poco más de una semana más tarde. Algo más alegre, el recuerdo de un coloquio sobre creatividad en el salón principal del Palazzo Vecchio de Florencia, por iniciativa de un simpático colega químico apasionado por la didáctica de la creatividad científica. Nuestro público, inesperado, se componía principalmente de niños acompañados por sus maestras, sin duda tan divertidos como nosotros que les hablábamos en lengua extranjera, en uno de esos días de diversión insólita. El grupo de oradores no era menos distendido. Richard Gregory estaba allí, no como experto en percepción visual, sino como propagador del concepto de museo interactivo: estaba llevando a cabo uno en Bristol, en un observatorio fuera de uso, donde había trabajado su padre, astrofísico, y que él mismo había salvado de la destrucción. Personaje divertido, Gregory ha sido sin duda uno de los psicólogos más cultivados y creativos que he tenido la fortuna de encontrarme. Ocupaba sus tardes, en la villa que nos acogía en la colina de Fiesole, dedicado a corregir las pruebas de su notable obra *The Oxford Companion to the Mind* (1987).

RELACIONES INTERNACIONALES: 2. APSLF

Una parte de mis actividades internacionales ha estado ligada a mi implicación en varias sociedades científicas. Me detendré aquí a considerar la Association de Psychologie Scientifique de Langue Française (APSLF), fundada por iniciativa de Fraisse en 1951 y apoyada por los grandes maestros de la psicología francófona de la época, Piéron, Piaget, Michotte, etc. Fraisse me invitó a que, sucediéndole a él en el cargo, asumiera yo la secretaría general. Permanecí en ese puesto 18 años, y no dejé luego de aceptar las tareas correspondientes, participando hasta hace poco tiempo en todos los simposios que se han venido celebrando cada dos años. He puesto en ello mucho interés personal, en todo lo relativo al modo de llevar a cabo los simposios temáticos

que han reunido especialistas de diversas ramas de la psicología y también de otras disciplinas; también en lo relativo al tesoro de encuentros que allí he hecho, o que allí he cultivado con mayor profundidad, con muchos colegas, pero muy especialmente con los maestros de la generación precedente, diez o veinte años mayores que yo. Cada uno de ellos merecería una viñeta y todos tienen por descontado mi gratitud.

René Zazzo, mezcla sugestiva de pasión y de razón, de rigor y de poesía, de escepticismo, de humor y de ansiedad, con una palabra seductora; hombre reservado y caluroso; patético en los desgarramientos que le produjeron sus compromisos políticos. Su mujer, Bianka, viva y apasionada, conversadora infatigable, una octogenaria tan espontánea como lo fuera a los veinte años, fina investigadora sobre el niño en la escuela, nos ha dejado una historia conmovedora de la vida de ambos (B. Zazzo, 2000). Fraisse, austero, ambicioso, autoritario, dedicado a las causas que hacía suyas, paciente y obstinado, estratega que iba a sus propias metas; supo ver desde lo alto la escena psicológica francesa y modelar ahí algunos importantes rasgos, para conservar y consolidar su valor científico. Demasiado acostumbrado a tener posiciones influyentes, tal vez tuvo alguna dificultad para abandonarlas y vivió su retiro con amargura. La psicología francesa le debe mucho. Miembro muy activo del Grupo «Esprit», mantuvo viva a lo largo de su carreta la inquietud relativa a la posibilidad de conciliar la psicología científica con su espiritualismo.

Oléron, espíritu recto, indiferente a las modas, medido, investigador que construía con orden el edificio de sus hipótesis, y hacía el balance de sus resultados sin artificiosa espectacularidad, como un miembro más de esa comunidad de científicos en que el individuo no se singulariza, tal y como ya la viera Claude Bernard.

Maurice Reuchlin, sonriente y grave, que ha elevado la psicología diferencial, hasta entonces desdeñada como mero campo de aplicación, al estatuto de una disciplina capital en la psicología general (o en la teoría general de la psicología). Su manual de psicología apareció en 1976, casi al mismo tiempo que el que yo hice con R. Droz y nuestros equipos jóvenes de Lieja y Lausana. Nos dimos recíprocamente la enhorabuena y nos tomamos el trabajo de dirigirnos el uno al otro unos comentarios que iban más allá del acuse de recibo de pura cortesía. El intercambio de correspondencia siguió unas semanas más, con tanta sinceridad de propósito como cortesía. Al término de esas cartas, Reuchlin me dirigió un mensaje breve, en que me manifestaba el placer que le había producido nuestro diálogo, y se alegraba de que al cabo hubiéramos terminado siendo buenos amigos. Esas palabras me impresionaron y me dejaron estupefacto, porque un intercambio de ideas nacido de la estimación mutua no podía, en mi opinión, sino consolidar nuestra amistad.

Remy Chauvin, etólogo especialista en insectos sociales, conferenciante y conversador brillante, frecuentaba mucho, para su mayor provecho, a los psicólogos. Una

curiosa inclinación le condujo, hacia el final de su carrera, y aún después, a descubrir sus afinidades con la parapsicología.

A los psicofisiólogos les ha cabido una parte muy importante del esplendor de la psicología francesa:

Jacques Paillard, que acogió en Marsella mi primera presentación en Francia (1961) de los trabajos de mi laboratorio, mientras que se ocupaba de la construcción del laboratorio del CNRS al que él daría el brillo que todos conocen y con quien me ha cabido el honor de verme asociado en numerosas ocasiones, infatigable estimulador de espíritus, ávido de conocer los avances nuevos de la neurobiología, siempre al día, modelo de diálogo pluridisciplinar, dotado de una intuición que le llevó siempre a estar un paso por delante de los demás, octogenario que se enfadaba al no encontrar en su memoria un nombre propio, aunque capaz de describir con detalle una experiencia fina que había visto en el último laboratorio que hubiera visitado, ya fuera en Montreal o en Munich. Ha muerto en julio del 2006, poco tiempo antes de la publicación de estas líneas.

Vincent Bloch, su amigo íntimo, también formado con Piéron y con Fessard, organizó el laboratorio de psicofisiología de Lille, y luego se encargó de la dirección de un laboratorio del CNRS en Gif, que ha destacado, junto con su equipo, especialmente en investigaciones sobre vigilancia y sobre memoria, dentro de una perspectiva de integración de lo comportamental con lo neurobiológico abiertamente defendida y llevada a cabo. Su jubilación no ha puesto fin a nuestros encuentros amistosos y estimulantes.

Habría mucho que decir acerca del lugar de la psicofisiología y, hasta hoy, de las neurociencias francesas en el desarrollo de la psicología, incluido también su estatus institucional. Sus representantes han sido básicamente quienes han logrado hacerla entrar dentro de las ciencias de la vida, en las instancias científicas nacionales, un paso importante para la disciplina.

Mis puestos dentro de la APSLF me proporcionaron un observatorio excelente desde el que poder asistir a la declinación de la influencia de mi lengua entre los universitarios europeos. En los años sesenta, la asociación contaba con un gran número de miembros extranjeros, aparte de los belgas francófonos y los suizos de la Suisse Romande, sobre todo italianos, algunos portugueses, también ingleses, holandeses, alemanes, belgas flamencos. Sin duda a causa de los recelos, sobre todo franceses, hacia el régimen político, los españoles eran escasos, aparte de J. Germain, a quien encontré en Ginebra en 1954, y de Yela. Españoles y portugueses, por iniciativa de Miguel Siguán y de José Ferreira Marques, habrían luego de prestar un verdadero empuje a la asociación; volveré sobre ello luego. La mayoría de los universitarios de la época, en la mayor parte de los países de Europa, y más especialmente en los países latinos, hablaban muy bien el francés. En poco años, no obstante, el paisaje lingüístico cambió

por completo, situándose el inglés como vehículo de comunicación científica, hasta el punto de sustituir a las lenguas nacionales en las publicaciones; esto hizo que hasta los miembros franceses desertaran de los coloquios, prefiriendo ir a los encuentros anglófonos, que parecían más recomendables para el C.V. (currículum vitae).

Las relaciones científicas internacionales no son sólo un modo de reciclaje continuo para un profesor universitario. Conllevan además importantes consecuencias para los mismos estudiantes, que tienen entonces ocasión de oír, en lugar de a su profesor habitual, a un colega extranjero que les abre nuevos horizontes, o de encontrarse frente a ellos en una tesis doctoral. Aún más decisivas resultan las ventajas de esa red de relaciones para la formación de estudiantes avanzados. He tenido siempre como regla el incitar a mis doctorandos a pasar una parte de su formación en el extranjero. Ninguno, según creo, se ha lamentado de ello, incluso cuando, como les ha ocurrido a algunos, los títulos brillantes obtenidos fuera y su competencia reconocida no hayan bastado para permitirles triunfar sobre un rival mediocre que se había quedado sin salir de su agujero provinciano. En todo caso, no tuvieron demasiado trabajo para encontrar un puesto en algún sitio.

RELACIONES INTERNACIONALES: 3. ERASMUS

Estaba convenido, por haber tenido personalmente esa experiencia, que un joven intelectual puede obtener un enriquecimiento insustituible gracias a una estancia en el extranjero; por eso acogí con entusiasmo el programa Erasmus. Desde el primer año, 1988, organicé un encuentro de delegados de todos los países de la Unión Europea para pensar acerca del partido que podían sacar del Erasmus la psicología y las ciencias de la educación. De acuerdo con un colega luxemburgués de nuestra facultad, elegimos reunirnos en Luxemburgo, que era entonces un terreno neutral, ya que ese pequeño estado no tenía universidad. A partir del año siguiente, pusimos en marcha un programa de intercambio de estudiantes, que iba a pasar de seis a dieciocho facultades o departamentos, repartidos en doce países. Cuando ese PIC se acabó al pasar el Erasmus al nuevo marco del programa Sócrates, 600 estudiantes de psicología o ciencias de la educación se habían beneficiado de una estancia, por lo general de un año, en una universidad extranjera, mientras que otros habían tomado parte en cursos intensivos, en que unos profesores había aportado su colaboración como profesores visitantes de una universidad asociada. Estábamos lejos de la ambición inicial de la Unión Europea, que quería que se desplazara hasta un 20% de los estudiantes, pero era mucho dado su sedentarismo tradicional. Cuando, en el año 2002, se celebró el estudiante Erasmus «un millón», se vio el éxito que ello representaba al haber vuelto, con importantes apoyos económicos, a la movilidad que marcó toda la vida universitaria medieval, y que se había mantenido

hasta mediados del siglo XX en ciertos países como Alemania –al menos dentro de sus fronteras nacionales. La aventura Erasmus sin duda ha entusiasmado a los estudiantes que han participado. Lo ha sido también para los profesores que han coordinado las actividades. Chocamos, al principio, con resistencias de ciertos colegas, poco inclinados a valorar como equivalentes de sus enseñanzas los cursos seguidos fuera. Tomaban al pie de la letra la idea de equivalencia. Los más celosos de su enseñanza irremplazable no eran, desde luego, ni los profesores más originales ni los más brillantes. Terminaron, sin embargo, por estar convencidos. Desde luego hay que admitir que la armonización universitaria en Europa ha planteado muchas cuestiones difíciles. Una concepción flexible de equivalencia no ha bastado para eliminar toda una serie de diferencias profundas entre los sistemas nacionales, en especial en lo que se refiere a las reglas de acceso a la enseñanza superior, las tasas de admisión, la organización de los estudios, la carga horaria de los estudiantes y de los profesores, las modalidades más o menos activas de enseñanza, los procedimientos de evaluación, etc. Cuantos han trabajado para definir las reglas de la *transferencia de créditos* buscaron encontrar denominadores comunes entre los estudiantes no seleccionados de universidades masificadas, en las que los profesores no están en condiciones de supervisar y evaluar personalmente a sus alumnos, y los de aquellas universidades muy selectivas, donde se llevan a cabo actividades intensivas de lectura, redacción, presentación de trabajos, discusiones, investigación, discusiones con discípulos y profesores en seminarios y trabajos prácticos. La noción que al final ha quedado de *carga de trabajo* no es realmente satisfactoria: ahí se supone que la redacción de un ensayo equivaldría a tantas horas dedicadas a seguir un curso magistral, pero, aun suponiendo que esa equivalencia fuera razonable en términos de horas, la segunda actividad no equivaldrá jamás a la primera. Muchas otras críticas se pueden hacer, y se han hecho, al European Credit Transfer System, que no puedo incluir aquí. Todo ello no quita mérito a cuantos han contribuido a realizar esa tarea difícil. Uno de los principales obstáculos, que no estábamos en condiciones de explicitar, porque es un cierto tabú, se refiere a los contrastes entre naciones respecto a las condiciones que ponen para la entrada en la universidad. En países como el mío, en que éstas se reducen a la posesión del diploma de la enseñanza secundaria, la sola evocación de reglas más exigentes se considera como un planteamiento fascista, sin querer saber nada de otros sistemas de selección en vigor en algunos países, como Gran Bretaña, poco sospechosos de menospreciar los ideales democráticos.

Al cabo, lentamente, la Europa de la enseñanza superior se va construyendo, y de ello hay que alegrarse. La mítica declaración de Bolonia le ha dado sin duda un impulso notable. Pero también ahí, como en muchos otros campos relativos a la construcción de Europa, los países soberanos han aprovechado el proyecto europeo para introducir y hacer aprobar otras muchas reformas que no tenían más que un interés local, y a veces van en sentido contrario de lo que constituye la verdadera intención original.

RELACIONES INTERNACIONALES: 4. INTERMEDIO ESPAÑOL

Las universidades belgas, al menos en la época en que estuve yo enseñando, no habían aún establecido el sistema de concesión de años sabáticos a sus profesores. Ha sido un grave error, porque se quedaron sin esas rupturas periódicas en la carrera de los profesores, que resultan beneficiosas tanto para el equilibrio de aquéllos como para la dinámica de la propia institución. De todos modos, el Fonds National de la Recherche Scientifique aportaba un pequeño incentivo para ese capítulo: ofrecía cada año a cada universidad el equivalente de dos sueldos de profesor, pudiendo las instituciones ofrecer ese beneficio, una vez en su carrera docente, a aquellos profesores que lo solicitaran y presentaran su petición sólidamente fundamentada. Al acercarme a cumplir mis 60 años, me inscribí en esas listas y obtuve un año sabático que podía realizar en el curso académico 1990-1991. A cinco años ya de mi jubilación, no me pareció que tuviera ninguna utilidad el ir a reciclarme a Estados Unidos y pensé en aprovechar ese tiempo libre para terminar una serie de trabajos y publicaciones, y poder iniciar otros, introduciéndome de lleno en el contexto universitario de un país europeo, cosa que me apetecía conocer mejor. Tenía que escoger el país de acuerdo, naturalmente, con mi mujer, que había sacrificado su carrera profesional en beneficio de la mía. Lingüística y culturalmente, le atraían sobre todo Alemania y España. Mis conocimientos del alemán y del español eran prácticamente nulos. Sabiendo mis limitaciones, mi mujer propuso que eligiéramos España, pensando con razón que su lengua me plantearía menos problemas. El desarrollo de las universidades españolas, tras la época franquista, y especialmente el desarrollo de su psicología me atraían. Quedaba por decidir a dónde ir. La primera idea fue elegir Barcelona. Allí estaba mi más antiguo y mejor amigo español, Miguel Siguán. Pero enfrentarme a dos lenguas, el catalán y el castellano, me parecía demasiado para un cerebro sexagenario y con poca capacidad innata para el poliglottismo como el mío. Se lo consulté a mi amigo Siguán, que no puso ninguna pega; pero cuando le dije que estaba pensando en ir a Andalucía, me dijo: «Si crees, Marc, que te va a resultar fácil la vida con el modo de hablar andaluz, te haces demasiadas ilusiones...». Tenía razón. Me recomendó a varios colegas, en particular a Jaime Vila, de la Universidad de Granada, con ocasión del Congreso del Colegio Oficial de Psicólogos español, celebrado en Valencia en mayo de 1990. Así que nos instalamos en Granada a principios de octubre, con intención de estar allí un semestre y pasar luego el otro en Madrid.

Miguel Siguán ha sido uno de esos colegas notables que tuve la suerte de encontrar en el seno de la APSLF. Asistió a nuestro coloquio sobre «La Connaissance de Soi» (El conocimiento de uno mismo), en París, en 1973. Envío al Comité, a través de François Bresson, la invitación de la Universidad de Barcelona para acoger el coloquio siguiente, en 1975. El comité aceptó con entusiasmo. Se eligió un tema que, en aquel

momento, resultaba muy atractivo: *La Genèse de la Parole (La génesis del lenguaje)*. Se designó a dos eminentes especialistas, Hermina Sinclair-De Zwart y François Bresson para organizar el programa científico. Todo estaba ya a punto, unos quince días antes de la reunión. Pero España, aún bajo el régimen de Franco, se vio sacudida por el «proceso de Burgos». Se me advirtió de que estaba circulando una petición entre nuestros colegas franceses, en que se expresaba su indignación por las condenas producidas en aquel proceso –y no eran ellos los únicos que protestaban– y reclamando boicotear el coloquio de Barcelona. La mayoría de los firmantes de aquel documento no eran miembros de la asociación, pero los dos responsables científicos también lo firmaron. Esta forma de protesta, que representaba un golpe para los organizadores de la reunión, nada sospechosos de tener la menor implicación en aquel veredicto de los jueces franquistas, pareció a muchos, sobre todo fuera de Francia, como una falta de delicadeza –un eufemismo, éste tal vez demasiado delicado– que no estaba justificada. Era no conocer a Siguán ni a la Universidad de Barcelona, que había venido llevando una cierta especie de guerrilla intelectual permanente durante la dictadura. Pero la «intelligenza» francesa ha actuado no pocas veces como la hermana mayor moralizadora de España... Así que hubo que cancelar la reunión. Fraisse me persuadió para que no dimitiera de mi cargo de secretario general. Acepté, pero exigiendo la convocatoria de una reunión especial del comité fuera del territorio francés en un marco independiente. Se celebró en Bruselas. Se invitó a Siguán, que vino allí con toda elegancia, y con el deseo de poner fin al conflicto, dos rasgos que le caracterizan. Fue éste el punto de partida de una larga amistad y de numerosas colaboraciones.

De nuestro primer encuentro en París recordaba su rostro a la vez grave y sonriente, su mirada y su mímica, que se animaba en la conversación, a la vez sutil, riguroso, jovial, vivo y tolerante en la discusión, dejando ver sin ostentación una cultura que ya la generación siguiente, la mía, no ha alcanzado a poseer. Hombre lleno de sabiduría y de prudencia, de curiosidad siempre despierta, atinando sin dudar en lo esencial y captando con seguridad y con empatía lo singular.

Durante mi estancia en España, había encontrado otros colegas de la Universidad Central y de la Autónoma de Barcelona, directa o indirectamente a través del APSLF o del programa Erasmus; también colegas de Madrid, en particular Helio Carpintero, delegado de su país en la reunión celebrada a propósito del programa Erasmus que habíamos tenido en Luxemburgo en 1988, a quien luego había encontrado en Bélgica, y en agosto de 1990 en El Escorial, a donde me había invitado como ponente en un curso de verano de la Universidad Complutense. Descubrí allí este acontecimiento intelectual extraordinario, probablemente el más espectacular (por su duración, su diversidad, el abanico de temas tratados, etc.) de entre todos los cursos de verano que se organizan anualmente en España. Acababa de morir Skinner. Recién llegado allí, los periodistas de Madrid y Barcelona me entrevistaron para los grandes periódicos na-

cionales. Creo que en ningún periódico francés –no hablemos ya de los belgas– hubo el menor eco de la desaparición del gran psicólogo americano.

Desde que llegamos a Granada, disfrutamos la experiencia de la hospitalidad ibérica: Jaime Vila nos acogió y dedicó muchas horas a instalarnos, abandonando la clínica maternal donde acababa de nacer su primera hija. Íbamos a encontrar la misma acogida en todas partes durante nuestra estancia en la península. Pasamos nuestro primer mes en el Carmen de la Victoria, residencia para visitantes extranjeros de la Universidad de Granada, en lo alto del Albaicín, el antiguo barrio árabe, en frente de la Alhambra, un lugar encantador al que hemos vuelto luego con frecuencia. La Facultad me ofreció un espacio tranquilo para trabajar, donde pude reemprender mis proyectos de trabajar y escribir, al tiempo que me familiarizaba con la vida de los profesores y los estudiantes de psicología. Me puse a mejorar mi conocimiento de la lengua española, mediante la inmersión en la vida cotidiana, animado por la inagotable paciencia de las gentes que veían mis esfuerzos. A mediados de diciembre, Jaime Vila estimó que era ya hora de que diera una o dos conferencias a los estudiantes, a lo que accedí con verdadero placer. Le pregunté que en qué lengua pensaba que me entenderían mejor, si en inglés o en francés. Me respondió sin vacilar: «¡en español!». Cuando se lo conté a mi mujer, que sabía mucho más español que yo antes de que viniéramos, se echó a reír, no sin razón. Pero no tenía elección, y aunque en bastantes ocasiones los diccionarios me traicionaron y los colegas me corrigieron muy amistosamente, hice al fin mis dos clases ante una sala llena de estudiantes indulgentes, que me apuntaban las palabras que no terminaba de recordar. El nivel que logré al fin del año universitario era todavía bastante irregular, pero este aprendizaje tardío resultó ser, al menos para mí, muy divertido.

En Granada pude conocer un poco más de cerca de lo que me habían permitido mis breves visitas a Barcelona y a Madrid la vida universitaria española y especialmente el despegue de la psicología. En quince años, tras el final del franquismo, su desarrollo había sido espectacular. Edificios, medios de investigación (aunque éstos todavía insuficientes), condiciones de trabajo, número de estudiantes, crecimiento de la matrícula, rivalizaban ya con los de otros muchos países europeos. El rápido crecimiento había acarreado el nombramiento de profesores jóvenes que contribuían a dar al conjunto un clima dinámico. Una de las sorpresas de un profesor belga o francés, habituado a dar clase en anfiteatros llenos de gente, era ver la limitación aquí de las clases a un número razonable de estudiantes (100 o 150), por encima del cual el curso se desdoblaba en dos o tres grupos, mientras el Gobierno se hacía cargo de la financiación de los profesores suplementarios. ¡Qué maravilla!

El mismo asombro me producía el desarrollo de la profesión, su diversificación, la mejora de su estatuto legal y social, y en general de su organización –el Colegio Oficial de Psicólogos. Resultaba impresionante ya por el número de sus afiliados y

mostraba una estructura, una eficacia y una autoridad próximas a las que se dan en las organizaciones norteamericana o británica.

En febrero abandonamos Granada, villa mágica, para irnos a Madrid, no sin haber recorrido una buena parte de Andalucía y haber descubierto en el camino hacia la capital los desfiladeros de Ronda, la dulzura de Jerez de la Frontera y la gran llanura de la Mancha. Con una cierta ligereza, habíamos descuidado prever nuestro alojamiento, pero en España los milagros existen, y tras haber disfrutado durante un mes de la hospitalidad de la Casa de Velázquez, centro cultural francés, la solución nos llegó por casualidad de una reunión amistosa con psicólogos. En lo universitario, las cosas estaban organizadas: continué mis trabajos y seguí escribiendo, según había programado para aquel año sabático, en un despacho que puso a mi disposición Helio Carpintero en el Departamento de Psicología Básica de la Universidad Complutense, que tenía vistas hacia el palacio de la Moncloa. Desde Madrid, aún más que desde Granada, fuimos recorriendo España, gracias a las invitaciones de una docena de universidades, a las que se añadieron otra media docena en los años siguientes. No voy a hacer aquí un inventario de todo ello ni enumeraré los nombres de los muchos colegas, especialistas de todas las áreas de la psicología, que me prestaron una acogida siempre calurosa y contribuyeron a mi conocimiento de su universidad y de su región, haciendo de mi estancia allí un período de mi vida particularmente enriquecedor. Haré, no obstante, una excepción, con Santiago de Compostela. Allí, la invitación de un colega psicólogo vino a desembocar, como resultado de una cadena de circunstancias fortuitas, en el alargamiento inesperado de mi aventura española.

Por razones de organización local, la conferencia que tenía que dar sobre la psicología del tiempo no se hizo dentro del marco de la Facultad de Psicología, sino en un salón de un círculo interfacultativo abierto al público. Encontré allí a un joven profesor de la Facultad de Medicina que me puso al corriente de un proyecto, que estaba empezando a cobrar forma, de fundar un grupo europeo de universidades en torno al símbolo del Camino de Santiago, no por el lado religioso sino como fenómeno multiseccular de intercambios culturales. Las autoridades académicas le prestaron su apoyo y tras un período de exploración en el que colaboré, el Grupo Compostela de Universidades Europeas vio la luz en septiembre de 1994. Tuve el honor de que me invitaran a ser el primer presidente, de 1995 a 1999. La experiencia me tentó, aunque me alejaba de la psicología —o bien era ésta la que me alejaba. Ampliaba así mi compromiso con el movimiento europeo que había tenido a través del Erasmus, ensanchando sus límites mucho más allá de los de mi propia disciplina. Este grupo tenía la particularidad de reunir un número elevado de miembros (que ha oscilado entre 50 y 90) y de contar con un cierto número de universidades que están fuera de la Unión Europea de los 15. Esta función vino a implicar numerosos viajes y en especial nuevas visitas a Santiago de Compostela, lugar no menos mágico que Granada,

aunque haya un gran contraste entre ambas ciudades. Santiago y Granada, en medio de su diferencia radical, dan cabida a la gran diversidad de España entera.

Sustraíe quince días de mi estancia española para responder a una invitación de la Universidad de Lisboa, otro de los motores de nuestra red Erasmus y lugar lleno de viejos amigos, y de la Universidad de Coimbra. He vuelto luego con frecuencia a Portugal en los contextos más diversos, ampliando mis relaciones universitarias a la Universidad de Minho, del mismo modo que he vuelto frecuentemente a España y así, en mi mapa cognitivo, sin ignorar sus singularidades, he tomado la costumbre de englobar ambos países ibéricos en la categoría única de «la Península».

Al final de este año de descanso y de descubrimientos, que había resultado extraordinariamente estimulante, me encontré con que había cumplido el programa de trabajo que me había propuesto, terminando, entre otras cosas, un libro en inglés sobre Skinner, la edición de unas autobiografías de psicólogos de lengua francesa y la puesta en marcha del *Traité de Psychologie expérimentale*.

Me quedaban, al volver a Bélgica, cinco años antes de la jubilación, que han estado ocupados por las tareas habituales de la enseñanza. Conservé, varios años después de haber sido hecho profesor emérito, mis actividades en el Erasmus y en el Grupo Compostela, lo que, sumado a los muchos compromisos adquiridos para participar en reuniones científicas entre 1995 y 2000, hizo todo ello que apenas me diera cuenta de que estaba convertido en un pensionista –y comprendí todo el alcance del término que emplean mis amigos españoles para referirse a este estado, el de *jubilación*.

ESCRIBIR POR PLACER

No me he detenido en las páginas precedentes a hablar de mis publicaciones, para no romper el hilo de la narración, dado además que sus títulos y textos son accesibles a todos los que puedan interesarse en ello. Se encontrarán cosas muy similares a las que aparecen en casi todos mis artículos de investigación, algunos publicados en revistas prestigiosas, capítulos en obras colectivas especializadas, contribuciones a obras de referencia como diccionarios, enciclopedias, manuales y algunos trabajos en obras de alta divulgación. Esto, visto desde fuera, no tiene nada de particular, y se puede catalogar según las categorías habituales de los *curricula vitae*: «revistas internacionales con revisores», «contribuciones invitadas en obras colectivas editadas por científicos eminentes» y así sucesivamente hasta llegar a los «escritos de circunstancias», «discursos con ocasión de la entrega de la medalla de...», etc., todo aderezado con índices de citas, apoyado o no desprovisto de la red de referencias académicas, eventualmente orientadas a favor de precursores poco conocidos que surgen de pronto en el mundo de las citas mucho tiempo después de que se hubieran escrito sus trabajos.

Pero visto desde dentro, subjetivamente, todos esos escritos se organizan de un modo bien distinto. De modo que si se me preguntase: «¿Por cuál de sus trabajos sienten una especial predilección?», yo contestaría: «Por el primero», no porque haya sido el primero, sino porque, al escribirlo, como un oscuro estudiante, no podía imaginar que me lo publicarían, y también porque la incitación vino de un admirable maestro y, encima, muchos años más tarde un editor alemán muy respetable lo juzgó digno de reimpresión, en una antología de textos dedicados a la interpretación de la poesía francesa (Richelle, 1952/1970). Entonces, ¿qué he estado yo haciendo en psicología?

Pero si me siguen preguntando: «De entre sus trabajos de psicología, ¿cuál sentiría más no haberlo escrito?», entonces diría que un artículo que se quedó al fin sin publicar, redactado en colaboración con un estudiante de licenciatura que había llevado a cabo la investigación, J. Godefroid, y mi colega etólogo J. C. Ruwet. Se trataba de un estudio en que se combinaban las técnicas de condicionamiento operante con la observación etológica, en un ambiente seminatural, y que mostraba que las dos formas de estudio eran mucho más complementarias que opuestas a la hora de hacer el análisis de los comportamientos específicos, ante la presencia de conductas de almacenamiento en el hámster dorado. Se envió el artículo a una revista muy específica de análisis experimental del comportamiento (*Journal of the experimental Analysis of Behavior*). Nos lo devolvieron comentado, como es habitual, por dos expertos. Uno encontraba en el trabajo «una bocanada de aire fresco etológico» y recomendaba su publicación después de que se hicieran ciertas correcciones en su inglés; el otro exigía que se revisara el texto quitando todo lo sustancial en beneficio de la ortodoxia metodológica y teórica de la revista. Nosotros no estábamos dispuestos a aceptar semejante condición y, ocupados los tres en otros temas, dejamos reposar el trabajo en nuestro archivo (Richelle, 1991).

Y si se me preguntara cuál de mis trabajos me ha costado más hacerlo, tendría honestamente que decir: «Ninguno», porque he gozado del privilegio de disfrutar escribiendo y hacerlo por diversión, incluso cuando una parte al menos de mi producción escrita ha respondido, como les ocurre a todos mis colegas, a una exigencia insalvable de nuestro oficio. Incluso las limitaciones propias de los artículos científicos que se someten a la revisión de colegas tienen su punta de diversión. Además, por contraste, dan un sabor de libertad a los otros trabajos que no están sometidos a tales exigencias. Es lo que ocurre con ciertos trabajos, emprendidos sobre todo para clarificar mi pensamiento, y que quizá también han podido ayudar a otros lectores a aclararse el suyo. Eso pasa con textos redactados como resultado de una invitación, con ocasión de un coloquio, una fiesta, un homenaje —a veces póstumo— a un colega. Y aún más en escritos polémicos o panfletarios, como la *Défense des sciences humaines* (1997), puesto blanco sobre negro al día siguiente de la lectura del excelente estudio de A. D. Sokal y J. Bricmont (*Impostures intellectuelles*, París, 1997). Me ha gustado

mucho colaborar en obras colectivas, tratados, diccionarios, enciclopedias, textos de divulgación, lo que en cada caso representa para el autor un nuevo desafío en cuanto al género y al estilo y son ocasión además de encuentros inesperados. Aunque celoso de mi trabajo de escritura solitaria, no he dejado de apreciar los intercambios que son inherentes al trabajo de editor de obras, frecuentemente de iniciativa mía. Debo también dedicar algunas líneas aquí –que podrían dar lugar a todo un libro– a mi función de consejero científico de una colección de psicología y ciencias humanas. El azar (¡otra vez el azar!), en parte ayudado por Jean Paulus (¡él otra vez!), me puso en contacto, en 1961, con un pequeño editor belga independiente, de los que había en gran número por todas partes en aquella época. Éste, aconsejado por un amigo, quería lanzar una colección de psicología. Charles Dessart, establecido en Bruselas, me propuso que aceptara la dirección científica de una colección que sacó sus primeros títulos en 1963, y que, asumida unos diez años después por un editor de Lieja, Pierre Mardaga, pronto alcanzará los 300 volúmenes, si se añade una sección de manuales y tratados. A diferencia de otras empresas de este género, esta colección se ha desarrollado bajo el principio de la diversidad: eclecticismo de niveles, desde la divulgación hasta la obra especializada; eclecticismo de la notoriedad de sus autores, desde la obra primera de un joven investigador hasta la contribución del especialista famoso; eclecticismo de orientaciones, que pone en vecindad libros de psicoanálisis, incluso sobre Lacan, con otros que denuncian las ilusiones, incluso las mentiras del freudismo; eclecticismo de campos, donde se incluye la psicología social, la psicolingüística, la psicofisiología, el cognitivismo, el comportamentalismo, la etología, la antropología, etc. Esta deliberada diversidad, independiente del gusto del público, me ha proporcionado una preciosa vía de escape para salir del encierro en mi especialidad, y me ha dado ocasión renovada sin cesar para dialogar con los autores, aceptados o rechazados, que son sin duda los verdaderos artesanos de una aventura editorial. Aventura, en efecto, dado lo imposible de prever los éxitos o el ajustarse a los caprichos de algunos autores, con incidentes que llegan a veces hasta los tribunales (he evocado en otro lugar [Richelle, 1997] las peripecias surrealistas de la publicación de un libro sobre Lacan); hay que contar con los juicios a veces malintencionados de colegas bienintencionados a propósito de la debilidad o la deshonra del director de la colección que ha dado acogida a tal o cual obra; pero también se dan esas relaciones de confianza que se establecen en esa relación singular que se da siempre entre un autor y un consejero editorial.

Mi experiencia de autor y de responsable o compañero editorial me llevaría bien a gusto hacia una larga historia o un amplio análisis. Me conformaré con hacer dos reflexiones. La primera se refiere a la evolución de la producción escrita de los investigadores y docentes universitarios. La segunda trata de la evolución de las publicaciones científicas a lo largo del último medio siglo.

La pesada regla de *Publish or perish* (o publicar o perecer) gravita sobre toda la comunidad científica actual. El mandamiento de publicar ha existido siempre, al menos de forma implícita, y la actividad de publicación ha figurado siempre, de un modo o de otro, dentro de los criterios que se han tenido en cuenta a la hora de nombramientos o promoción de personas. Lo que ha cambiado, debido a la explosión numérica de científicos así como de las especialidades, es la definición, cada vez más refinada y exigente de tales criterios. La plataforma a que se ha llegado es la de las revistas internacionales con comité de revisores especializados, enlazado con un índice de citas lo más «competente» posible. La exigencia es razonable y justificada, pero produce ciertos efectos perversos, ya bien conocidos: búsqueda de la cantidad, singularmente por el troceo de los artículos, constitución de redes de autores que se citan recíprocamente, prisa de los investigadores por rematar los trabajos empíricos, aun a costa de otros artículos teóricos, o prioridad de las investigaciones de ejecución rápida (como por ejemplo en psicología, experiencias con muestras de sujetos enfrentados a una pantalla de ordenador, en lugar de hacer estudios longitudinales que requieren toda una serie de observaciones directas y minuciosas). La amenaza del *perish* disuade a los investigadores a que se aventuren en trabajos arriesgados de un proyecto a largo plazo (los evaluadores no esperan) o a explorar vías que no están de moda (pero que podrían tal vez abrir perspectivas innovadores para el mañana, como muestran muchos ejemplos de la historia de la ciencia), o a dedicar tiempo a reflexionar cómo hacer un artículo o una obra de síntesis o un buen manual didáctico. La psicología no es la especialidad menos expuesta a esa posible sequía y pérdida de originalidad.

Las ciencias, como los demás dominios culturales, son también víctimas de la evolución de las publicaciones. En medio siglo, los pequeños editores individualizados y especializados, que habían sido antes tan importantes en la difusión de los trabajos científicos, se han visto forzados a desaparecer ante los «holdings» que obedecen a imperativos esencialmente comerciales. Un libro se publica si se estima que las probabilidades de su venta lo hacen rentable. Y a falta de una apuesta seria a favor de esas posibilidades, se las busca incrementar en lo posible mediante la publicidad, que sólo está al alcance de las casas económicamente poderosas. Los textos originales, desconcertantes, precursores, van siendo eliminados cada vez más. Los científicos, a su pesar, se ven arrastrados por la corriente que busca el éxito. No se escribe ya un libro sobre «La difícil cuestión de la conciencia», sino *La Conscience expliquée* (*La conciencia explicada*; Dennett, 1991) o, aún más competitivo, en un estilo de Fórmula 1, *La carrera por la conciencia* (*La course à la Conscience* [*The Race for Consciousness*, Taylor, 1999]).

Los libros son caros, el peso del papel lo explica en parte, también pesa lo suyo el coste abusivo de la distribución. ¿Quizá sea ésta una de las razones por las que leen tan poco la mayor parte de los estudiantes? Ciertamente, me faltan estadísticas compara-

tivas, y tal vez esto sea no más que un juicio de una persona entrada en años. Si fuera así, habría que reconocer que los profesores y las instituciones han sido, hasta cierto punto, cómplices de esta degradación. Muchos colegas ofrecen a sus alumnos unos dossieres o antologías de textos, elegidos por el profesor, que reúnen artículos de revista y capítulos de libros, pirateados con la mayor ilegalidad, que dispensan al estudiante de frecuentar las bibliotecas y de descubrir, al lado de los textos recomendados por los profesores, otros artículos o capítulos que están próximos y que les pueden aportar una revelación. La universidad francesa tiene la obligación de poner a disposición de sus estudiantes la «documentación» necesaria para sus estudios. Durante siglos, se pensó que aquella ya estaba disponible en las bibliotecas. En mi universidad, con motivo de la agitación de 1968, recibimos una orden imperativa, no del rector, responsable de los asuntos académicos, sino del administrador, mero gerente, pidiéndonos que pusiéramos a disposición de nuestros estudiantes lo que llamamos en Bélgica unos *syllabus*, es decir, un documento hecho privadamente, que presenta en detalle el contenido de nuestros cursos, aunque haya manuales que puedan hacerlo mejor. No es posible recortar mejor la curiosidad de nuestros estudiantes. ¿Tal vez eso es lo que se buscaba? Habremos de esperar a ver si Internet nos conduce a recuperar la libertad y el sentido de la aventura al introducirnos de nuevo en el laberinto del conocimiento.

Al cabo de medio siglo después de que tuviera mi primer contacto con la psicología, diez años después de haberme convertido en un profesor emérito (no me gusta la expresión «estar retirado», que da la idea de que uno ha llegado al fin o le han puesto a un lado), concluyo este bosquejo de mi carrera de psicólogo, esquemático como ya avisé al lector que iba a ser, lleno de lagunas y desde luego selectivo. He dejado a un lado muchas cosas y muchas reflexiones sobre aspectos muy diversos de mi experiencia profesional, que me habría gustado contar ahora o que incluso pensé que podría ser importante ofrecer aquí. Pero todo eso me habría llevado muy lejos y ya he abusado del espacio que la *Revista de Historia de la Psicología* me ha hecho el honor de concederme. Si hubiera de resumir mi carrera, diría simplemente que ha sido una sucesión de momentos afortunados, de azares con suerte, que han modelado en mí un optimismo tal que me ha hecho recibir incluso los ocasionales reveses como eventos favorables. En mi juventud calvinista, habría visto ahí una manifestación de la aserción bíblica según la cual «todo concurre para el bien de quienes aman a Dios», frase en que hoy veo un carácter presuntuoso, propio para fundar el orgullo de gentes y pueblos que se atribuyen la condición de «elegidos». El dicho popular de que «à quelque chose malheur est bon» —que prefiero en su versión española: «no hay mal que por bien no venga»— se aplica mejor a mi caso. Es más compatible con la filosofía evolucionista que ha terminado por imponerse como la más satisfactoria en el desierto de nuestra ignorancia.

Estoy satisfecho y reconozco que no ha sido mérito mío. En cada etapa, ha sido el resultado de circunstancias y personas que he encontrado en mi camino. Se me abrieron las puertas, así de sencillo, en el comienzo de mi carrera, y los honores que van ligados a la edad han seguido hasta que está ya tocando a su término. ¿Y si pudiera recomenzar? La cuestión no tiene mucho sentido, si lo que tomamos por elecciones nuestras no tienen demasiado peso sobre nuestra existencia. Pero podemos de todos modos hacer ese ejercicio. Desde luego estaría dispuesto a volver a entrar en el mundo de la psicología. Me han fascinado sus avances y estoy intrigado por lo que nos deparará el futuro. Sin embargo, la experiencia de las relaciones pluridisciplinarias me ha descubierto otros territorios no menos apasionantes que me gustaría explorar. Volvería a escoger una vida de universitario, vida privilegiada que nos mantiene en contacto rejuvenecedor con estudiantes, fuente principal de nuestra formación permanente. Sin embargo, tendría algunas dudas en cuanto a ciertos aspectos del trabajo que ello nos exige: la invasión de las tareas administrativas y de la burocracia es algo verdaderamente disuasorio, la obsesión de la «rentabilidad» recorta de manera inquietante el campo de libertad de las universidades; la masificación que se ha producido en ciertos países como Francia y Bélgica pone trabas a lo que debería ser la verdadera vocación universitaria. Pero todo cuanto yo pienso no va a cambiar lo que va a ser y tampoco me van a dar una segunda vida –sin tener que soñar con una segunda oportunidad, la primera fue de verdad buena: quedémonos con ella, y demos por ello las gracias.

ANEXO

Currículum Vitae (selección)

Nace en Verviers (Bélgica), el 28 de febrero de 1930.

Licenciado en Filosofía y Letras, Universidad de Lieja, 1952; Máster en Psicología, U. de Ginebra (Suiza), 1954; Doctor en Psicología, U. de Lieja, 1959. Catedrático de Psicología Experimental, Facultad de Psicología, Universidad de Lieja, 1965-1995. Miembro de numerosas sociedades científicas. Ha sido Presidente de la Sociedad Belga de Psicología y de la Association de Psychologie scientifique de Langue française.

Distinciones y premios

Cátedra Francqui (Cátedra Nacional invitada en la Universidad de Lovaina, Bélgica), 1973.

Doctor Honoris Causa por las Universidades Lille III-Charles de Gaulle, 1989; Ginebra, 1996; Coimbra, 1996, Lisboa, 1998; Lérida, 1998.

Premio Quinquenal Ernest- John Solvay 1990 (máximo galardón científico en Bélgica).

Miembro de la Academie Royale de Belgique, 1995.

Primer Premio Latino de Análisis experimental de la Conducta, Guadalajara (México), 1995.

Medalla de Oro de la Universidad Masaryk, Brno, 1998.

Publicaciones

Autor de más de 200 publicaciones (selección):

- (1952) M. RICHELLE: «'El Desdichado' de Gérard de Nerval, Analyse textuelle», *Revue des Langues vivantes*, 17, pp. 205-211.
- (1959) —: *Contribution à l'étude des mécanismes intellectuels chez les Africains du Katanga, Étude génétique de quelques conduites d'intelligence pratique chez des enfants de milieu extra-coutumier, à l'aide de techniques de Rey*. Lieja, FULREAC, pp. 1-69.
- (1961) —: *Aspects psychologiques de l'acculturation*. Lieja, FULREAC, pp. 1-217.
- (1966) —: *Le conditionnement operant*. Neuchatel, Paris, Delachaux et Niestlé, pp. 1-221.
- (1968) —: *Pourquoi les psychologues?* Bruselas, Dessart, pp. 1-200 (trad. española, Salamanca, Sigueme, 1973).
- (1972) —: *L'acquisition du langage*. Bruselas. Dessart-Mardaga, pp. 1-215 (trad. esp. Barcelona, Herder, 1975).
- (1974) M. RICHELLE y C. BOTSON: *Les conduites créatives, Essai d'exploration expérimentale*. Bruxelles, Ministère Education Nationale, pp. 1-173.
- (1976) M. RICHELLE y R. DROZ (eds.): *Manuel de Psychologie. Introduction à la psychologie scientifique*. Bruselas, Mardaga, pp. 1-521 (trad. esp., Barcelona, Herder, 1979).
- (1978) M. RICHELLE: *B. F. Skinner ou le péril behavioriste*. Bruselas, Mardaga, pp. 1-262 (trad. esp. Barcelona, Herder, 1981).
- (1980) M. RICHELLE y X. SERON (eds.): *L'explication en psychologie*. Paris, Presses universitaires de France, pp. 1-268.
- (1980) M. RICHELLE y H. LEJEUNE: *Time in animal behaviour*. Oxford, Pergamon, pp. 1-273.
- (1981) M. L. MOREAU y M. RICHELLE: *L'acquisition du langage*. Bruxelles, Mardaga, pp. 1-261.
- (1992) M. RICHELLE: «Le modèle sélectionniste: convergences dans la pensée scientifique moderne», *Acta Comportamentalia*, 0, pp. 215-235.

- (1992) M. RICHELLE, P. JANSSEN y S. BRÉDART: «Psychology in Belgium, Ann», *Rev. of Psychol.*, 43, pp. 505-29.
- (1992) F. PAROT y M. RICHELLE (ed.): *Psychologues de langue française. Autobiographies*. París, PUF.
- (1992) —: *Introduction à la psychologie. Histoire et methods*. París, PUF, pp. 431.
- (1992) M. RICHELLE y H. CARPINTERO: *Contributions to the History of the International Congresses of Psychology. A posthumous Homage to J. R. Nuttin*. Valencia, Artes Gráficas Soler.
- (1993) M. RICHELLE: *Du Nouveau sur l'Esprit?* París, PUF.
- (1993) —: *B. F. Skinner, A Reappraisal*. Hove, Lawrence Erlbaum Ass.
- (1994) M. RICHELLE, J. REQUIN, y M. ROBERT (eds.): *Traité de Psychologie expérimentale*. París, PUF, 2 vols.
- (1997) M. RICHELLE: *Défense des Sciences humaines. Vers une désokalisation?* Hayen, Mardaga, pp.120.

Bibliografía citada

- LEJEUNE, H, F. MACAR y V. POUTHAS (eds.) (1995): *Des animaux et des Hommes, Hommage à Marc Richelle*. París, PUF.
- LOARER, E., D. CHARTIER, M. HUTEAU y J. LAUTREY (1995): *Peut-on éduquer l'Intelligence?* Berna, Peter Lang.
- RICHELLE, M. (1952): «'El Desdichado' de Gérard de Nerval, Analyse textuelle», *Revue des Langues vivantes*, 17, pp. 205-211, reimpresso (1970), en K. Wais (ed.). *Interpretationen Französischer Gedichte*. pp. 205-211. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- (1991): «Behavioural pharmacology in Continental Europe: A personal account of its origin and development», *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 56, pp. 415-423.
- (1998): *Défense des Sciences humaines. Vers une désokalisation?* Hayen (B), Pierre Mardaga, pp. 120.
- RICHELLE, M. y J. C. RUWET (eds.) (1972): *Problèmes de méthodes en psychologie comparée*. París, Masson, pp. 1-153.
- SOKAL, A. y J. BRICMONT (1997): *Impostures intellectuelles*. París, Odile Jacob.